



**LA
VENTANA
DE LA
VALPONASCA**

LA VENTANA
DE LA VALPONASCA

ALOIS KOTHGASSER, SDB.

LA VENTANA DE LA VALPONASCA

EDICIONES DON BOSCO

BARCELONA

Título de la edición original italiana:

LA FINESTRELLA DELLA VALPONASCA

ISBN 84-236-1646-0

Depósito Legal. B. 7024-82

Escuela Gráfica Salesiana / Barcelona-Sarriá

Printed in Spain

Queridísimas Hermanas:

La VENTANA DE LA VALPONASCA trata un tema que el reverendo Salesiano, Alois Kothgasser desarrolló más brevemente a nuestras Hermanas en un curso de formación permanente.

El interés despertado hizo nacer en ellas el deseo de conseguir el texto para profundizarlo y asimilarlo mejor.

Le pedí, pues, que tuviera la bondad de redactar por escrito, en beneficio de todas las Hijas de María Auxiliadora, lo que en el estudio y en la experiencia de varias de sus permanencias en Mornese le había inspirado el feliz tema de la ventana de la Valponasca, para una reflexión seria de la dimensión con templativa de nuestra vida activa salesiana.

Aquí tenéis la redacción verdaderamente rica, sólida y documentada.

Comenzando por el detalle histórico que todas conocemos, pasa a describir con sencillez y claridad la naturaleza de la acción y de la contemplación para subrayar «la gracia y el compromiso de la unidad» en nuestra vida de consagradas-apóstoles.

Con intuición particularmente preciosa anticipa de forma sintética en la Introducción los motivos por los cuales, ya sea como religiosas en general o como Hijas de María Auxiliadora en particular, estamos

llamadas a actuar como «contemplativas en la acción», como nos quisieron nuestros santos.

De hecho, Don Bosco y la Madre Mazzarello, al hacerse para nosotras propuesta existencial de esta unidad de vida, no hacen más que tomar a Jesús y a su Madre como «modelos fontales» de toda vida cristiana, especialmente de la vida consagrada.

La conferencia sobre Don Bosco como el «santo de la acción, definido la unión con Dios», y la de la Madre Mazzarello, «la contemplativa en la acción», adquieren así toda su fuerza y mordiente y nos persuaden de que «seguir a Cristo» quiere decir, sobre todo, vivir su relación continua de intimidad con el Padre, prontas y abiertas al servicio a los hermanos.

La amplia documentación extraída de los escritos de nuestros santos y de muy selectas fuentes salesianas, nos ofrece una gran riqueza de temas de meditación y revisión. De la contemplación de la ventana de la Valponasca somos conducidas a una comprometida reflexión sobre los presupuestos actuales para una vida de «unión con Dios al servicio de la juventud pobre y abandonada», y a los frutos de una vida «en presencia de Dios para los demás».

Quizá es este el estudio con más novedades y que más nos hace pensar que la afortunada ventana, así como fue el ojo de la Madre Mazzarello, sea también nuestro «ojo abierto sobre el horizonte de Dios» y sobre nuestra misión: ojo que nos anime, nos aliente y nos sostenga en nuestro camino hacia la santidad. Con este deseo, para mí y para vosotras, renuevo en nombre de todas mi gratitud al revelando Don Kothgasser y soy vuestra

afma. Madre

SOR ERSILIA CANTA
Superiora General FMA

Roma, 24 de setiembre de 1981.

INTRODUCCION

Hacia fines del año 1843, la familia de María se trasladó de Los Mazzarelli a la Valponasca, una casa de labranza de los marqueses Doria, cuyas viñas el padre empezó a cultivar en arriendo. Dista del pueblo unos tres cuartos de hora y aún hoy se levanta en la ladera de una colina. Es notable en esta rústica vivienda una ventana de la pared occidental, como un ojo abierto de par en par sobre los dilatados horizontes. La suave ondulación de las colinas y la extensión de los viñedos con sus pámpanos floridos en primavera y el alegre colorido de sus abundantes hojas y racimos en otoño, forma un cuadro que tiene como vértice el pueblecito de Mornese y como línea dominante su campanario¹.

Cada tarde, casi a la misma hora, la mamá cae en la cuenta de que María desaparece de la circulación: —¿Dónde habrá ido a esconderse esta muchacha que trabaja infatigablemente y no pierde nunca un minuto? La buena Magdalena notó que, precisamente a aquella hora, la cocina y sus adyacentes se quedaban desiertos. Ni siquiera los hermanitos al cuidado

¹ M. P. GIUDICI, FMA, *Una mujer de ayer y de hoy. Sor María Dominga Mazzarello*, Ediciones Don Bosco. Barcelona, 1981, 10.

de María estaban al alcance: ni para una palabra ni para una mirada. Pero no tardó mucho en desvelarse el secreto.

La ventana que en la pared occidental de la casa de labranza se abría como un ojo sobre Mornese, y especialmente sobre la iglesia parroquial, se había convertido en un poderoso imán. María sabía que cada tarde Don Pestarino a la hora de vísperas reunía a la población para la oración en común. A aquella hora, pues, la cita con Jesús Eucarístico estaba allí, junto a la ventana. Así fue como la descubrió la madre. La buena mujer no solamente no le regañó, sino que tuvo el acierto de comunicárselo sonriendo al marido y de unirse ambos al grupo capitaneado por María.

De este modo, la reunión de cada tarde junto a la ventana, para rezar el rosario y las oraciones de la noche, se convirtió en una costumbre de familia. El acto concluía con la visita a Jesús Sacramentado. Después cada uno se retiraba en paz: unos se iban en seguida a la cama y otros se entretenían aún en algún pequeño quehacer doméstico. Pero los hermanos recuerdan que María se quedaba todavía algún rato más junto a la ventana en un silencio lleno de amor. Por otra parte, también durante el día, aprovechando alguna pequeña pausa en las ocupaciones diarias, ella tomaba de la mano a uno u otro de los hermanitos y corría a la ventana. Mira –decía–, Jesús está allí, vivo en el sagrario. Vayamos a estar con El, al menos con el pensamiento².

En la Valponasca, María ayudaba a su madre en las faenas de la casa, jugaba con los hermanitos y se familiarizaba con las cosas y la vida del campo. Se dejó plasmar por el ambiente creciendo sana,

² *Ibíd* 35-36.

equilibrada, serena y sincera a toda prueba. No pudo ir a la escuela. El camino de la Valponasca a Mornese, sobre todo en invierno, era un problema insoluble. En aquellos tiempos se daba por descontado que las muchachas del campo quedarán analfabetas. Pero María, inteligente y alegre como era, no tardó en aprender a leer. Se lo enseñó su padre. Especialmente en las largas noches invernales³.

La alquería, además, no era grande, pero ofrecía rústicas comodidades para quien amaba la vida del campo y el trabajo de los viñedos. En la planta baja, además de la era, se hallaban la cocina, el horno, el establo y un cobertizo para los aperos de labranza. Por una escalera interior se subía al primer piso, donde, a una parte, estaban las habitaciones y, a la otra, el pajar. Arriba, debajo del tejado inclinado, la buhardilla y el desván con la ventana que se abría mirando al pueblo.

En la Valponasca, los Mazzarello permanecieron quince años. Aquí llegó María a la adolescencia, pasó su juventud y se formó para la vida. Los aires puros del campo, el duro trabajo de la tierra, el sol de las colinas monferratinas, el ambiente doméstico, la discreta proximidad de Mornese, forjaron en ella una mujer laboriosa, ardiente y vivaz, con ideales nuevos, que fueron por mucho tiempo un secreto para todos⁴.

Trabajo y oración, en un trasfondo de vida sencilla y austera, son los componentes esenciales que le dan fuerza y la preparan para el porvenir. Sólo los senderos tortuosos, que descienden y ascienden entre vaguadas y escarpaduras desde la alquería de la Valponasca al pueblo de Mornese, podrían tejer la vida de la joven Mazzarello que tiene el sabor de

³ *Ibíd* 12.

⁴ L. CASTANO, *Madre Mazzarello, santa e confondatrice delle Figlie di Maria Ausiliatrice*, Leumann-Torino 1981, 22.

una aurora. Sólo aquellos senderos que la vieron pasar, en la luz y en la oscuridad, podrían hablar de su fervor⁵. Pero por encima de todo es la humilde ventana la que abre la vida de María a las dimensiones del infinito y, suscitando en ella la atracción y el encanto de los horizontes de Dios y sumergiéndola en la dinámica eucarística, la inclina al servicio y salvación del prójimo, especialmente de las jóvenes. Más tarde, siendo Hija de María Auxiliadora, de cuando en cuando, conducirá a una parte de la comunidad a la Valponasca, para que todas conozcan la pobreza de la casa paterna en aquellos años y participen en sus aspiraciones de entonces y de siempre⁶.

Quien ha gozado una o más veces en su vida de la atmósfera de austeridad y sencillez, de recogimiento y de paz que se goza visitando la casa natal de los *Mazzarelli*, recorriendo las pinedas y las viñas, observando a la gente y el pueblo, peregrinando al Roverno y a la Valponasca, ha descubierto, quizá, sobre todo en la alquería de la Valponasca, el símbolo sencillo pero profundamente elocuente de la «gracia de la unidad» entre «acción y contemplación», entre oración y trabajo, entre actividad y meditación: la ventana de la contemplación, el ojo siempre abierto sobre la vida del duro trabajo de María Mazzarello.

ACCION Y CONTEMPLACION

Es un tema con frecuencia expuesto, muchas veces oído, a menudo repetido, por lo menos como exhortación e invitación apremiante, pero pocas veces

⁵ *Ibíd* 38.

⁶ *Ibíd* 157.

reflexionado en la perspectiva de la vida salesiana concreta de cada día. «Contemplativos en la acción –activos en la contemplación»–, ¿es posible serlo? ¿Cómo se consigue? De hecho, nos encontramos frente a un argumento central y decisivo de nuestra existencia. ¡Es cuestión de vida o muerte! Comprendido el binomio «acción-contemplación» y traducido vitalmente como gracia de unidad en el ámbito del «espíritu salesiano de Valdocco y de Mornese», seremos felices, nos sentiremos realizados, capaces de anunciar, testimoniar, diría más bien, de «dar a Dios» a los jóvenes, a los necesitados, a todos los que encontramos en los caminos del apostolado y de la vida. Si no, ¡seremos unos fracasados en todo!

Los dos términos pertenecen a una larga tradición cristiana. Salesianamente hablando no son de por sí vocablos típicos del patrimonio de nuestra familia. En Valdocco y en Mornese resonaban expresiones más sencillas y concretas, pero no menos profundas, como: vivir en la presencia de Dios, trabajo y oración, unión con Dios en el cumplimiento del deber, etcétera.

Conviene reclamar la atención sobre los términos comúnmente usados:

Las voces *acción*, *praxis*, *actividad*, *trabajo* figuran entre las más usadas en nuestra cultura. Según la Biblia, en el principio existía la *Palabra*, el Verbo de Dios; según los orientales, el *Silencio*; según la cultura contemporánea, la *acción* (del hombre). Nuestro mundo de hoy está caracterizado en general por una actividad frenética: el hombre ha tomado en sus manos el destino de la humanidad y corre el peligro de que cuanto construye se le venga encima como una torre que sepulta a sus constructores.

La Iglesia del Vaticano II habla, en cambio, de «Acción apostólica y caritativa» originada y animada por el Espíritu Santo. Tan sólo una acción de este

género «cabe dentro de la naturaleza misma de la vida religiosa» en cuanto constituye un misterio sagrado y una obra particular de caridad que han sido confiados a los religiosos por la Iglesia y han de ser ejercitados en su nombre⁷.

El término *contemplación*, al menos en cuanto a contenido concreto, parece semejante a un planeta perdido en el universo, lejano, y conocido por muchos sólo de oídas, aunque ahora aflore una nueva sensibilidad en forma de nostalgia de interioridad y de experiencia ultrafenoménica, vivida con frecuencia sólo como la presencia de una ausencia y de la experiencia de algo que falta.

La palabra *con-templar* es un compuesto que contiene el término *templum*. Originariamente este término indicaba el espacio sacral delimitado, dentro del cual el sacerdote o el arúspice recibía los signos de la divinidad con los cuales interpretaba la historia y los acontecimientos, o predecía el futuro. Contemplar significaba estar en un lugar sagrado y elevado, desde el cual se podía adivinar el querer divino y observar atentamente todo el recinto sagrado.

A los hebreos y a los cristianos este término les recuerda la salmodia de los peregrinos que, volviendo de la diáspora o de la tierra de Israel, se dirigían al templo de Jerusalén para encontrarse con Dios, para «ver el rostro de Dios», del Dios tres veces Santo, del Invisible. Era deseo ardiente de todo piadoso israelita «contemplar la gloria del Señor en su Santuario» (Cf Salmos 120-134; 84)⁸.

Jesús de Nazaret había afirmado frente a los

⁷ *Dimensión contemplativa de la vida religiosa. Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares (SCRIS)*, n.º 4.

⁸ Cf NICOLÒ M. LOSS, *Il tema letterario «Cercare Dio» nei libri storici dell'AT, en Quererere Deum. Atti della XXV Settimana Bíblica. Associazione Bíblica Italiana, Brescia 1980, 11-27.*

Judíos: «Destruid este templo y en tres días lo reconstruiré». Pero El hablaba –añade el Evangelio de Juan– del templo de su cuerpo (*Jn* 2, 19, 21; Cf 20, 21). Y San Pablo recuerda a los cristianos de Corinto: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 *Co* 3, 16). El verdadero templo, por consiguiente, es Dios mismo (Cf *Ap* 21, 22), Jesucristo, el Espíritu Santo; el lugar preferido por Dios para su habitación es el hombre, es el cristiano, que se convierte en una especie de custodia viviente, un tabernáculo de carne y huesos del Dios inmenso, infinito, eterno, presente en medio de nosotros y en nosotros. «Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahveh nuestro Dios siempre que le invocamos?» (*Dt* 4, 7).

La Congregación para los religiosos e institutos seculares describe así la dimensión contemplativa de la vida religiosa: «La dimensión contemplativa es radicalmente una realidad de gracia, vivida por el creyente como un don de Dios; que le hace capaz de conocer al Padre (cf *Jn* 14, 8) en el misterio de la comunión trinitaria (cf *Jn* 1, 1-3), y de poder gustar ‘las profundidades de Dios’» (1 *Co* 2, 10)... Describimos la dimensión contemplativa como la respuesta teologal de fe, esperanza y amor con la cual el creyente se abre a la revelación y a la comunión del Dios vivo por Cristo en el Espíritu Santo. «El esfuerzo por fijar en Dios la mirada y el corazón, que nosotros llamamos contemplación, se convierte en el acto más alto y más pleno del espíritu, acto que todavía hoy puede y debe coronar la inmensa pirámide de la actividad humana» (*Pablo VI*, 7-12-1965).

Como acto unificante de la proyección del hombre hacia Dios, la dimensión contemplativa se manifiesta en la escucha y meditación de la Palabra de Dios,

en la participación de la vida divina que se nos transmite por los sacramentos, muy especialmente la Eucaristía, en la oración litúrgica y personal, en el deseo constante de Dios y la búsqueda de su voluntad, tanto en los acontecimientos como en las personas, en la participación consciente de su misión salvífica, en el don de sí mismo a los demás para el advenimiento del Reino. De ahí viene al religioso una actitud de continua y humilde adoración de la presencia de Dios en las personas, acontecimientos y cosas; una actitud que manifiesta la virtud de la piedad, fuente interior de paz y portadora de paz en cualquier ambiente de vida y de apostolado.

Todo esto se realiza a través de una progresiva purificación interior, bajo la luz y guía del Espíritu Santo, de modo que podamos encontrar a Dios en todo y en todos para llegar a ser «alabanza de su gloria» (Ef 1, 6)⁹.

LA GRACIA Y EL COMPROMISO DE LA UNIDAD

El Extremo y el Medio Oriente tuvieron siempre una preferencia por la dimensión contemplativa de la vida, mientras el Occidente parece tender, más bien, al menos en la época moderna, a la acción, a la eficiencia de la vida.

El que ha intentado quizá unificar la vida humano-cristiana ha sido San Benito. El *ora et labora* de la gran tradición benedictina no constituye una mera yuxtaposición casi dualista y dicotómica de las dos facetas. No ha de olvidarse que el *ora* ocupa el primer puesto y que el *opus Dei*, la *laus perennis* tiene una verdadera prioridad que guía, penetra y anima el

⁹ *Ibid* 37-38.

labora, la obra de las manos y de la inteligencia cultural.

Un hecho bastante conocido puede ilustrar la inseparable y necesaria unidad de la oración y del trabajo, de la acción y de la contemplación.

A orillas de un límpido lago entre montañas, un viejo barquero esperaba con su barca a la gente para trasladarla a la otra orilla. Era muy parco en palabras, pero en su rostro se reflejaba algo de la majestad de las montañas y de la transparencia de las aguas del lago. Un día llegó un estudiante de la ciudad y pidió al viejo barquero que lo llevara con su barca a la otra orilla del lago. El aceptó sin decir una palabra y se puso a remar. Mientras avanzaban, hacia la mitad del lago, el joven estudiante se dio cuenta de que en uno de los remos se hallaba escrito *ora* y en el otro *labora*. Molesto, más bien, por uno de los términos que le parecía tan anticuado, el estudiante empezó a decir: «Esta palabra *ora* no se lleva en esta época en la que el hombre conoce los secretos del mundo y de la vida y en la que él mismo tiene en sus manos el destino de la humanidad. Basta pensar, trabajar, organizar». El anciano calló, tomó el remo en el que estaba escrita la palabra *ora*, lo depositó en la barca y continuó remando sólo con el otro, en el que estaba escrita la palabra *labora*. Naturalmente, la barca no siguió adelante, sino que comenzó a dar vueltas sobre sí misma. El estudiante se enfureció contra el anciano. Pero este le dijo: «Así sucede cuando el hombre conoce sólo el trabajo y se olvida de orar a Dios» y, tomando nuevamente el remo en el que estaba escrito *ora*, condujo al joven a la otra orilla del lago.

Sea el omitir la oración o la contemplación por una parte, sea el descuidar la acción o el trabajo por otra, llevan al desastre de la vida cristiana y tanto más de la vida religiosa. Ambos son igualmente

necesarios, pero la dimensión contemplativa tiene una clara prioridad aunque con matices y acentos distintos, según la diferente espiritualidad y los respectivos carismas de fundación.

Antes de hablar de los presupuestos que parecen necesarios hoy –y es esta la intención fundamental de estas reflexiones– para ser «contemplativos en la acción» y «activos en la contemplación» conviene dar una mirada rapidísima y como de pasada a los verdaderos modelos cristianos de la acción contemplativa».

LOS MODELOS «CRISTIANOS»

Es preciso mirar ante todo a Jesús de Nazaret, hijo del hombre e hijo de Dios, y a María, Madre suya y madre nuestra, la sierva del Señor y Auxiliadora de los hombres.

Jesús vive en una relación única de intimidad con el Padre a quien llama Abba, apelativo inaudito, escandaloso para los oídos del israelita consciente de la infinita majestad y trascendencia de Dios. Con El se entretiene en la soledad de la montaña en sus velas nocturnas. Da testimonio de El rezando públicamente, en presencia de los discípulos y del pueblo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a la gente sencilla» (Lc 10, 21). A El se dirige en la gran oración del Cenáculo, a El se confía en las horas de Getsemaní y del Calvario. Viviendo en el Padre, viniendo del Padre, se sumerge en el mundo de los hombres: hablando, discutiendo, sanando, dando la vida y entregando *su* Espíritu. Como Hijo vive del Padre y en el Padre para los hermanos. En el Padre tiene su *pre-existencia*, su





Arriba y página anterior

Reunión interinspeccional europea
con motivo de la revisión del CG XVI
13 de agosto de 1978

in-existencia y sirviendo y salvando a los hombres muestra su total *pro-existencia* por ellos.

El Padre eligió para él una Madre pobre, humilde, totalmente abierta e inclinada a Dios, en escucha, como un orante que no conoce otro anhelo en su vida que el de «engrandecer al Señor» (*Magnificat*), la esclava, la sierva de Dios que se convierte en la auxiliadora de los hombres, de los cristianos. Inmersa en Dios, llena de Espíritu Santo, recibe y entrega al Hijo como Salvador a la humanidad con una vida operante, sacrificada, de servicio. «Ella guardaba todas las cosas meditándolas en su corazón» (*Lc 2, 20*).

Habría que recorrer las páginas del Evangelio bajo esta perspectiva de gracia de la unidad de la vida activa y contemplativa, de apertura incondicional al Dios presente y operante en la historia y de donación continua al servicio de los hombres para realizar el grande y doble don-
mandamiento del amor a Dios y al prójimo inseparablemente unidos y clara mente diferenciados a la par que el binomio oración praxis, acción contemplación.

LOS MODELOS «SALESIANOS»

He aquí los dos grandes modelos –Jesús y María– que son al mismo tiempo las fuentes en las cuales se miran *Don Bosco en el Oratorio de Valdocco* y *María Dominga Mazzarello en Mornese*, los genuinos y originales modelos del *Espíritu salesiano de Mornese*.

Debemos observarlos a ellos, *con-templar* su vida, contar su historia sin cansarnos jamás, a fin de que también la nuestra se convierta en una «historia de seguimiento», porque sin conocer las «historias del seguimiento» (de Cristo) de los santos es imposible conservar y revivificar el *espíritu* genuino al cual se

pertenece –y de forma no secundaria ciertamente–, vivir el binomio «acción contemplación».

Descubrir las fuentes (Jesús y María) de nuestros orígenes (Don Bosco y la Madre Mazzarello) quiere decir beber el agua fresca y cristalina para vivir el «espíritu salesiano» hoy y mañana.

DON BOSCO, EL SANTO DE LA ACCION DEFINIDO «LA UNION CON DIOS»

La voz popular lo llama el *Santo de la acción* y «así fue verdaderamente», como reconocen las biografías más autorizadas¹⁰. Pío XI calificó de *ciclópea* la actividad externa de Don Bosco¹¹. Pero mayor aún fue su actividad interna, aunque sólo sea por lo poco que se aprecia de fuera y que es posible documentar¹². Recordando su memorable coloquio con

¹⁰ C. SALOTTI, *Il Santo Giovanni Bosco*, Torino 1945, 497.

¹¹ *L'Osservatore Romano*, 19 de noviembre de 1933.

¹² Véase para toda esta segunda parte el artículo de PIETRO BROCARDO, *Don Bosco «Profeta di santità» per la nuova cultura, en Spiritualità dell'azione. Contributo per un approfondimento*, a cargo de MIDALI = Biblioteca di Scienze Religiose 17, Roma 1977, 176-206; se tomaron literalmente trozos enteros. Véase, además: EUGENIO CERIA, *Don Bosco con Dios*, Barcelona 1956. Esta obra tiene su importancia. En el momento de la beatificación y canonización de Don Bosco fueron escritas muchas obras y biografías de Don Bosco, sobre todo como santo de la acción. Don Felipe Rinaldi encargó entonces a Don EUGENIO CERIA que escribiera un libro sobre el verdadero rostro de Don Bosco que se oculta detrás de la gran actividad apostólica: *Don Bosco con Dios*. Con gran sensibilidad por los signos de los tiempos Don Egidio Viganó ha vuelto al tema en su aginaldo para el año centenario de la muerte de Santa María Dominga Mazzarello: *La vida interior de Don Bosco*. Aguinaldo 1981. Comentario del Rector Mayor para las Hijas de María Auxiliadora, Roma 1981.

San Pío X, el cardenal Salotti pudo escribir: «En aquella ocasión le decía al augusto Pontífice que al estudiar los voluminosos Procesos de la Causa de Don Bosco, más que la grandeza de su obra colosal, me había impresionado aquella vida interior de la que nació y se nutrió su prodigioso apostolado. Muchos conocen sólo la obra exterior de este insigne apóstol, obra que pudo parecer a alguno un poco llamativa, pero desconocen en gran parte aquel edificio sabio y sublime de perfección cristiana que él había erigido pacientemente en su alma ejercitándose cada día, cada hora, cada momento, en todas las virtudes propias de su estado sacerdotal»¹³.

LA ACTIVIDAD INCESANTE DE DON BOSCO

Del trabajo intenso como actividad *apostólica, caritativa, humanizante*, Don Bosco intuyó la suprema grandeza, la divina virtud santificadora y no dudó en hacer de ella su «escala mística» para ir a Dios. «Don Bosco era un santo sumamente concreto: para expresarlo con una palabra un poco cruda, pero verdadera, no cree en una piedad que no se exprese en la vida, que no se convierta en acción, en caridad real, que no se traduzca en un trabajo incesante por amor a Dios y a los hermanos»¹⁴. Era, por temperamento, lo que se dice un «hombre de acción», «el operador de la eficacia», el «genio de la organización». El trabajo era su segunda naturaleza. «Dios –decía– me ha hecho la gracia de que el trabajo y el esfuerzo, en vez de serme de peso, me sirvan de descanso» (*MB IV*, 216).

¹³ C. SALOTTI, *Il Santo*, 586.

¹⁴ C. Colli, *Nel mondo con Dio*, Roma 1975, 28.

Le atraía, sobre todo, el ejemplo de Jesús: el divino operario de la casita de Nazaret, el amigo de los niños y de los humildes, el apóstol del Padre que actúa continuamente por nuestra salvación (*Jn* 5, 17). «Jesucristo comenzó a hacer y a enseñar...» (*Hch* 1, 1). Este es el modelo que no dudará en proponer a sus hijos cuando escriba las Constituciones (*MB* IX, 933). Cuando Don Bosco cita la Palabra de Dios, de la que él se alimenta, demuestra una marcada preferencia por los textos que ponen de relieve la «categoría de la acción», o del anuncio y de la evangelización; menos frecuentes son las citas relativas a la oración. «El mundo se ha vuelto material –decía–, por eso es preciso trabajar y dar a conocer el bien que se hace. Si uno hace incluso milagros rezando día y noche en su celda, el mundo no se da cuenta y no cree. El mundo necesita ver y tocar. El mundo actual quiere ver las obras, quiere ver trabajar al clero...» (*MB* XIII, 126).

Las valientes afirmaciones que otros santos han hecho alabando la oración, Don Bosco las ha hecho en alabanza del trabajo y las ha continuado con el testimonio heroico de su vida. «El noventa por ciento de sus conferencias a los hermanos –escribe Alberto Caviglia– son para el trabajo, la templanza y la pobreza»¹⁵.

Pero más sublime que las palabras es el testimonio de su vida. Una vida, como la definió Pío XI, «que fue un verdadero, auténtico y grande martirio»: una vida de trabajo colosal que hacía sentir su opresión con sólo verla (*MB* XIX, 250). Cuesta creer que un hombre solo haya podido trabajar tanto y atender a tantas cosas al mismo tiempo. Escribe A. Caviglia que en él parecía que actuaran, simultáneamente,

¹⁵ A. CAVIGLIA, *Conferenze sullo spirito salesiano*, Torino 1947, 112; *Don Bosco, Profilo storico*, Torino 1934, 18.

varias personas: «El educador y el pedagogo, el padre de los huérfanos y el educador de los niños abandonados, el fundador de congregaciones religiosas, el propagador del culto a María Auxiliadora, el promotor de asociaciones laicales extendidas por el mundo entero, el suscitador de la caridad operativa, el divulgador de las misiones lejanas, el escritor popular de libros morales y apologías religiosas, el propugrador de la prensa moral y católica, el creador de talleres cristianos y colecciones de libros, el hombre de la piedad religiosa y de la caridad y el hombre de los asuntos humanos o de interés público. Todos a un tiempo actúan y avanzan como si fueran otras tantas personas nacidas o destinadas sólo para aquello, y se funden en la persona de un sacerdote sin apariencias, que no pierde nunca la serenidad de su aspecto ni la modesta compostura de su trato con los grandes gestos decorativos, ni enriquece su vocabulario con la retórica de las grandes frases»¹⁶. Pero toda esta multiplicidad de aspectos estaba unificada, a nivel de profundidad, por la idea que domina su vida: la de la salvación de las almas, según el lema: «*Da mihi animas, cetera tolle*», que por otra parte era su permanente oración de súplica¹⁷.

INSEPARABLE UNION DE ACTIVIDAD Y ORACION

¿Podía orar Don Bosco? La causa de Don Bosco choca-
ba, también entre otras graves dificultades,

¹⁶ *Ibíd. Profilo storico*, 18.

¹⁷ También Don Viganó ve, «siempre con mayor claridad, que la síntesis mejor de la interioridad característica de Don Bosco sigue siendo indiscutiblemente el lema ‘*Da mihi animas cetera tolle*’, como distintivo de la energía interior de la caridad pastoral que lo hizo santo y apóstol», en *La vida interior de Don Bosco*. Aguinaldo 1981, 5, 2.

contra la de la oración. En la práctica, a Don Bosco se le hacían las siguientes imputaciones: «Para conseguir sus fines –objetaba la Censura en los procesos– Don Bosco contaba mucho con su propia sagacidad, iniciativa y actividad y recurría a lo largo y a lo ancho a todos los medios humanos. Más que la ayuda de Dios buscaba los apoyos humanos con inexplicable solicitud, día y noche, hasta el límite de sus fuerzas, hasta el punto de no ser capaz de atender a las obligaciones de la piedad» (*Nova Positio* 15, n.º 12).

Según otro censor, la oración no tenía apenas relevancia en la vida de Don Bosco: «En cuestión de oración propiamente dicha, a la que todos los fundadores de las nuevas Congregaciones han dado máxima importancia, la encuentro puede decirse que nula» (*Nova Positio* 15, n.º 19), y concluía: «¿Cómo se puede calificar heroico a uno que ha sido tan parco en la práctica de la oración vocal?» (*Ibíd* 12, n.º 15; 15, n.º 12).

La situación se agravaba por el hecho de que Don Bosco, a causa de una persistente enfermedad en los ojos, de la que sufría desde 1843, pero también en vista de las excesivas ocupaciones, había obtenido de Pío IX la dispensa del rezo del breviario, primero de palabra y después con rescripto de la Sagrada Penitenciaría (19-11-1864) (*Responsio ad novas animad*, 66, n.º 82). Nunca, en la historia de los procesos apostólicos, había ocurrido cosa semejante (*Nova Positio* 12, n.º 15). Don Bosco se separaba, incautamente, del modelo tradicional de los demás santos turineses, como por ejemplo de Don Cafasso, su maestro, y del mismo Don Murialdo, el cual «empleaba hasta cuatro horas en la preparación a la santa misa, celebración y acción de gracias»¹⁸.
Don

¹⁸ A. CASTELLI, *Il Beato L. Murialdo*, Roma 1966, 193.

Bosco –escribe Don Ceria– «no dedicaba mucho tiempo, como otros santos, a la meditación»¹⁹.

No obstante, Don Bosco era un «hombre de oración». Cuantitativa y cualitativamente distinta de la de otros santos, la oración de Don Bosco resultaba no menos verdadera y profunda a la prueba de los hechos. Los testimonios de los procesos, en efecto, iban poco a poco desvelando en Don Bosco una insospechada y exaltante actividad de oración. Faltaba la parte externa, los grandes gestos, pero la oración irrumpía por todas partes.

«Se puede decir, –declaró Don Barberis– que rezaba siempre; yo lo vi centenares de veces, rezando cuando subía y bajaba las escaleras. Hasta por la calle rezaba. En los viajes, cuando no corregía pruebas, lo veía siempre en oración» (Test. de Julio Barberis, *Summ.* 561). En cualquier momento que sus hijos le pidieran consejos espirituales los tenía siempre a punto «como si saliera en aquel momento del diálogo con Dios» (*Ibíd.*, *Summ.* 562). Daba a la oración la primacía absoluta: «La oración es lo primero» (*MB* III, 354). «No se comienza bien –decía– sino por el cielo» (*MB* XVII, 562). La oración era para él «la obra por excelencia» (*Ibíd.* 69), porque la oración «lo hace todo y triunfa de todo» (*MB* XV, 492); «es lo que el agua para el pez, el aire para el pájaro, la fuente para el ciervo, el calor para el cuerpo» (*MB* III, 246, 613). «Rezaba de rodillas –testifica Enría– con la cabeza ligeramente inclinada, con aspecto sonriente. El que estaba a su lado no podía por menos de rezar también bien. He vivido con él 35 años y siempre le he visto rezar así...» (*MB* III, 587; T. XIV, *Summ.* 405).

Su institución está fundada en la oración: «Di el nombre de Oratorio a esta casa, para indicar que la

¹⁹ *Ibíd.* 388.

oración es la fuerza en la que podemos confiar plenamente» (MB III, 110). En Valdocco, la oración, y más exactamente, la piedad –que para Don Bosco es casi sinónimo de vida teologal– reinaba soberana; se respiraba en el aire, se la veía resplandecer en el rostro de los que vivían en el Oratorio, muchos de los cuales formarían la primera generación salesiana: «Nosotros –sigue escribiendo E. Ceria– los hemos conocido; hombres tan diferentes por ingenio y cultura, tan distintos por sus costumbres, pero en todos sobresalían ciertos aspectos, rasgos comunes y característicos que constituían como sus rasgos originales. Una serena calma en el decir y en el hacer; una paternidad en las formas y expresiones, y especialmente una piedad que era como el *ubi consistam*, el pilar de la vida salesiana. Rezaban mucho y rezaban con gran devoción: nos insistían mucho en que se rezara y se rezara bien; parecía que no sabían decir cuatro palabras en público o en privado sin inculcarnos de algún modo la oración. Y, no obstante..., aquellos hombres no parecía que poseyeran gracias extraordinarias: en efecto, les veíamos hacer sólo, con ingenua sencillez, las prácticas establecidas por las Reglas o introducidas por las costumbres de la casa»²⁰. «Pero, por encima de todo y de todos, influía Don Bosco. Su piedad y su celo por la piedad se comunicaba a los subalternos»²¹.

La oración de Don Bosco, que es oración de apóstol y de educador, tiene características y originalidad propias; auténtica y completa en la esencia, lineal y sencillísima en sus formas, popular en sus contenidos, alegre y festiva en sus expresiones, es verdaderamente una oración al alcance de todos, de los niños y en particular de los humildes.

²⁰ *Ibíd* 106.

²¹ *Ibíd* 232.

Don Bosco imagina la acción en Dios y según Dios, y tiene por fin su voluntad y su gloria. No es necesario mencionar las prácticas de piedad en uso por aquel entonces en el Oratorio. Recuerdo, entre otras, las llamadas *jaculatorias*, un concentrado de la oración vocal y mental de la mañana: «Las *jaculatorias* – dice él– resumen en pocas palabras la oración vocal y mental..., salen del corazón y se dirigen a Dios. Son dardos inflamados que envían a Dios los afectos del corazón y hieren a los enemigos del alma, las tentaciones y los vicios» (MB IX, 997).

Pero las *prácticas de piedad* y las *jaculatorias* no constituyen toda la oración de Don Bosco. Una tercera forma de oración impregna su existencia: *la oración de las obras*, o la que hoy llamamos *liturgia de la vida*, la forma predilecta de oración recomendada por Don Bosco. Desde las primeras redacciones de sus Constituciones, en el capítulo de las prácticas de piedad, escribe: «La vida activa a la que tiende nuestra Congregación hace que sus miembros no puedan tener la comodidad de hacer muchas prácticas de piedad en común: procurarán suplirlas con el buen ejemplo recíproco y con el perfecto cumplimiento de los deberes generales del buen cristiano» (AS 022, [41]). A este artículo hacía juego otro no menos importante:

«La compostura de la persona, la pronunciación clara, devota y pausada del oficio divino, la modestia en el hablar, mirar y caminar, en casa y fuera de ella, deben ser una de las características de nuestros socios» (AS 022, [1]). Prácticas de piedad, art. 2; Const. 1966, art.153). Una actitud semejante sólo la veo posible en quien camina delante de Dios; en quien vive en su presencia. «Que cada uno –dice Don Bosco– se lo grave bien en su mente y en su corazón: Sólo Dios debe ser el jefe, el dueño absolutamente necesario» (MB VIII, 828). A nosotros «no

nos interesa recibir cien liras más o cien liras menos, sino conseguir la gloria de Dios...» (MB XVI, 413).

«Le oí repetir miles de veces: –declara el cardenal Cagliero– ¡todo por el Señor y por su gloria!»²². La actividad que Don Bosco, vive y predica es, por consiguiente, una actividad cuyas raíces están en Dios y en la necesidad de su alabanza: una actividad divinizada y santificada por la oración. «Sed Marta, pero también María –decía a las Hijas de María Auxiliadora–, trabajad por el paraíso... Se necesita poco ¿sabéis? Basta santificarlo con la recta intención, con actos de unión al Señor y a la Virgen, y haciéndolo lo mejor que podáis» (MB XIII, 208).

«La diferencia específica de la piedad salesiana –escribió E. Ceria– está en saber hacer del trabajo oración»²³. Es la preciosa herencia de Don Bosco: «Esta, en efecto, era una de sus más bellas características –dijo Pío XI–, es decir, la de estar presente a todo, atareado en una urgencia continua, agobiante de trabajos, en medio de una cantidad de peticiones y consultas, y tener siempre el espíritu en otra parte, siempre en alto, donde la serenidad era siempre imperturbable, donde la calma era siempre dominadora y siempre soberana; de modo que el trabajo era real mente oración efectiva y se cumplía el gran principio de la vida cristiana: quien trabaja ora» (MB XIX, 35).

LA ACCION COMO «LUGAR» DE ENCUENTRO CON DIOS

Sobre la vida de oración de Don Bosco ¿es legítima todavía una pregunta? ¿Tuvo Don Bosco el don

²² *Ibid* 333.

²³ E. CERIA, *Annali della Società Salesiana*, Torino 1945, I 726.

de la oración infusa? ¿Ha sido *contemplativus in oratione*, no sólo *in actione*? No es fácil responder con un *sí* o con un *no* expeditivos, dada la ausencia, poco menos que total, de descripciones adecuadas por parte de Don Bosco de sus estados interiores.

E. Ceria lo demuestra —especialmente hacia el término de la vida— con buenas razones que no es posible descartar a priori y que hacemos nuestras²⁴.

La unión continua con Dios

Sean los primeros en decirnos su palabra los tres sucesores de Don Bosco.

El beato *Miguel Rúa*: «Lo que continuamente pude notar fue su continua unión con Dios... Y con tanta espontaneidad manifestaba estos sentimientos de amor de Dios que se veía que brotaban de una mente y de un corazón siempre sumergidos en la contemplación de Dios y de sus atributos».

Don *Pablo Albera*: «Era tanta la unión del Venerable con Dios, que parecía recibir de El los consejos y alientos que daba a sus hijos».

Don *Felipe Rinaldi*: «Mi convicción íntima es que el Venerable fue realmente un hombre de Dios, continuamente unido a Dios en la oración».

Con los tres Rectores Mayores nos habla Don Juan Bautista Francesia: «Veía yo que el Venerable se recogía fácilmente en Dios».

Escuchemos ahora a otros siete Salesianos, notables por sus virtudes religiosas, por su cultura, por sus cargos o por las tres cosas a la vez (Don Ceria no dice los nombres). Sus declaraciones nos dicen que «la vida de Don Bosco apareció siempre en una unión constante con Dios» de tal modo que «en

²⁴ E. CERIA, *Don Bosco con Dios*, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1956, 233-248.

cualquier momento que se le interrogase, aun en medio de los asuntos más áridos y absorbentes, respondía como si estuviese sumido en la meditación»; que «la caridad con Dios resplandecía en su unión con El»; que «vivía siempre en la presencia de Dios»; «sus pensamintos estaban siempre fijos en Dios»; que «puede decirse que la oración mental era una práctica connatural con él»; que «tenía el corazón tan lleno del amor de Dios, que su pensamiento y su palabra estaban siempre fijos en el Señor»; que «el Venerable demostró siempre un verdadero y profundo espíritu de oración y de unión con Dios, como podían comprobarlo siempre que se acercaban a él»; que «tenía una perfecta unión de espíritu con Dios».

Finalmente, hablan dos prelados. Monseñor Tasso, de los Sacerdotes de la misión, Obispo de Aosta, discípulo de Don Bosco desde 1861 a 1865, dice: «Ardía siempre el Venerable en la más grande caridad hacia Dios, y estoy convencido de que vivía en continua unión con Dios. Recuerdo que entre nosotros muchachos reinaba la convicción de que el Venerable hablaba directamente con el Señor, sobre todo cuando nos daba consejos respecto a nuestro porvenir».

El cardenal Cagliero atestigua: «El amor divino... se le transparentaba en el rostro, en toda su persona y en todas sus palabras, que le brotaban del corazón cuando hablaba de Dios en el púlpito, en el confesionario, en las conferencias públicas y privadas y en los mismos coloquios familiares. Este amor fue su único anhelo, el único suspiro, el más ardiente deseo de toda su vida... Estaba siempre en íntima unión con Dios, cuando daba audiencia, cuando se sentaba al escritorio atento a sus trabajos, cuando se entretenía con nosotros en el patio, cuando oraba con fervor de ángel ante Jesús Sacramentado o cuando se hallaba en el altar... En cualquier momento nos

acercáramos a él, nos acogía siempre con exquisita caridad y con tan serena amabilidad, como si en aquel preciso instante se levantase de la más encendida oración o de la más divina presencia... Vuelvo a repetir lo que me dijo el cardenal Alimonda, que Don Bosco estaba siempre en íntima unión con Dios». Fue precisamente el cardenal Alimonda, arzobispo de Turín, quien lo definió —en su discurso fúnebre para la solemne conmemoración de trigésima de la muerte de Don Bosco— «la unión continua con Dios».

Confirma estas afirmaciones una interesante observación de Pío XI. El gran Pontífice, que se gozaba en recordar aun públicamente y con viva complacencia que había tratado de cerca y no de paso a Don Bosco, afirmó que había notado «en todas sus acciones, aun en las menos llamativas, un espíritu verdaderamente admirable de unión con Dios, que dejaba entrever una continua atención a algo que su alma veía y con que su corazón se entretenía: la presencia de Dios, la unión con Dios»²⁵.

Puede coronar lo dicho hasta aquí, un testimonio de Don Cerruti en el proceso informativo. Hablando de los dos últimos años de nuestro Santo, declara: «Cuando el dolor de cabeza y el pecho fatigado y los ojos medio apagados no le permitían trabajar, era doloroso y confortante espectáculo verlo pasar las largas horas sentado en su humilde sofá, en un sitio semioscuro, porque sus ojos no resistían la luz, tranquilo y sonriente, con su rosario en la mano, los labios que repetían jaculatorias y las manos que se elevaban de cuando en cuando para manifestar en su mudo lenguaje aquella unión y total conformidad a la voluntad de Dios, que por exceso de cansancio no podía ya expresar con palabras. Estoy íntimamente persuadido por mi parte de que su vida, espe-

²⁵ Hasta aquí D. CERIA, *o. c.*, 236-238.

cialmente en los últimos años, fue una oración continua a Dios. Lo mismo opinan otros. Tan cierto es que, al entrar en su habitación para verlo y hablarle, lo encontrábamos siempre como uno que está sumergido en la más profunda meditación, aunque sin dar muestras exteriores de ello, ya que su semblante estaba siempre alegre, sereno y tranquilo, como estaban llenas de paz, de caridad y de fe las palabras que salían de su boca»²⁶.

Profundamente hombre de Dios, Don Bosco vivía «como si viese al invisible» (*Hb* 11, 27)²⁷. Aquí está el misterio de toda su vida: Dios, la vida en El. Por Dios y en Dios vive para los demás, se da completamente a sus jóvenes. «No dio un paso, no pronunció una palabra, no puso mano a empresa alguna que no tuviese por mira la salvación de la juventud. Realmente no tuvo otra preocupación que las almas»²⁸. Viviendo en Dios, lo vio todo con los ojos de Dios y comprendió el valor del hombre, la necesidad de salvación.

«Don Bosco –escribe Don Rinaldi– identificó a la máxima perfección su actividad externa, incansable, absorbente, vastísima, llena de responsabilidad, con una vida interior que partió del sentido de la presencia de Dios (¡Oh la gran fuerza del ‘Dios te ve’ de mamá Margarita!) y que, poco a poco, se hizo actual, persistente y viva hasta convertirse en perfecta *unión con Dios*. De este modo realizó en sí mismo el estado más perfecto, que es la contemplación operante, el ‘éxtasis de la acción’, en la cual se consumió hasta lo último, con serenidad estática, por la salvación de las almas»²⁹.

²⁶ *Ibid* 240-241.

²⁷ Cf *Constituciones Salesianas* 1972, art. 49.

²⁸ D. RUA, *Lettera circolare* del 29 enero 1896; cf *Constituciones* 1972, art. 49.

²⁹ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 7.

La acción como «lugar de encuentro habitual con Dios»

La vida de Don Bosco está impregnada de oración y se desarrolla en una continua unión con Dios como nos aseguran tantos preciosos testimonios. Pero la oración no es sólo la mediación por la que pasó Don Bosco para estar unido a Dios. Junto a la *unión de oración* o de *contemplación* conoció y practicó también, en medida igualmente profunda, la llamada *unión práctica* o *activa*, porque se realiza en la acción y por medio de la acción³⁰. La unión práctica se describe como una unión íntima con el Espíritu en medio de la vida activa, gracias a un estado permanente de disponibilidad y de atención a Dios que nos conduce a pensar, amar, querer y actuar bajo la influencia exclusiva de aquel que es el alma de nuestra alma, el Espíritu Santo. *Unión de oración* y *unión práctica* son dos modalidades de una única vida teologal, de la única vida que va de Dios a los hermanos. Cuando Dios llama a la oración hay que rezar; cuando llama a la acción hay que actuar. Lo que realmente cuenta es vivir en Dios y estar donde Dios nos quiere.

«Trabajar con fe, esperanza y caridad» (MB IX, 712). Estas palabras –objeto de una programática conferencia de Don Bosco– nos dan el significado exacto del trabajo salesiano: un trabajo concebido y vivido como la realización actual e intensa de la vida teologal. Para santificar el trabajo, decía Don Bosco en su lenguaje sencillo, no hay nada más seguro que abandonarse al ritmo de la fe, de la esperanza y de la caridad, dones y actitudes fundamentales y estructuras maestras de la vida cristiana. «Trabajad con fe, –explicaba– no con miras humanas de agradar a los

³⁰ Cf J. LE MERTE, *Libermann et l'union pratique*, en *Spiritus* 22 (1965) 29-43.





Participantes en la Eucaristía celebrada
por el Rector Mayor en la Valponasca
13 de agosto de 1978

Página anterior

Homilía del Rector Mayor Don Egidio Viganó
en la celebración eucarística de la Valponasca
13 de agosto de 1978

hombres, sino de agradar al Señor practicando lo que enseñamos a los demás» (MB IX, 992). «La fe es quien lo hace todo» (MB X, 30). Sin «el fuego de la fe la obra del hombre es nula» (MB VIII, 67). Se dolió siempre de no haber tenido bastante fe: «Si hubiera tenido cien veces más fe, hubiera hecho cien veces más de lo que he hecho» (MB XVIII, 587).

«Ya hablara, ya escribiera –dice de él su cuarto sucesor– su espíritu jamás osciló entre Dios y el propio yo, entre el cielo y la tierra, entre lo temporal y lo eterno, entre el deber o el placer, sino que *ipso facto* se arrojaba del lado de Dios, Padre y Señor absoluto de donde tomaba la norma segura con que regularse en cuanto tenía razón de relativo y terreno»³¹.

«Es un ejercicio de fe –escribe Don Viganò– que comporta optimismo: mirar globalmente la realidad sin desalentarse por el mal, sino prefiriendo la consideración de cuanto hay de bueno; saber distinguir hasta en la manzana podrida, como decía Don Bosco, las semillas portadoras de vida nueva que pueden dar vida a otras plantas sanas. El corazón salesiano no asume los aires de un *Catón*, pronto sólo a moralizar y a condenar, ni de un profeta de mal agüero: el ejercicio de la fe en Don Bosco lo llevaba a expresiones de gratitud por el bien y a proyectos pastorales y pedagógicos para el cultivo de las semillas, de su siembra y de su crecimiento»³².

Don Bosco exhortaba a sus hijos: «Trabajad con esperanza, levantando los ojos al cielo en el tiempo del cansancio, de la desolación, de la prueba...» (MB IX, 712). «Camina con los pies en la tierra, pero con el corazón en el cielo» (MB VIII, 732). ¡He aquí el realismo de Don Bosco!

³¹ E. CERIA, *Don Bosco con Dios*, 185.

³² E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 5. 2.

Acertadamente Don Viganò insiste en el hecho de que «es ejercicio de esperanza activa» que cuenta con el poder de la resurrección, con la presencia de Cristo y de María y con la fuerza del Espíritu Santo para abrir el corazón a la magnanimidad en el proceso de salvación. Impulsa a ponerse rápidamente al trabajo para resolver los numerosos y siempre nuevos problemas de la juventud. Es significativo que en nuestro primer Capítulo General Don Bosco hiciera hincapié, refiriéndose a los Cooperadores, que si los terciarios de las distintas Ordenes tienen muchas «prácticas de piedad», el Cooperador salesiano tendrá que caracterizarse por las muchas «prácticas de caridad». Vemos aquí concentrado el ejercicio de una esperanza activa, que lanza a Don Bosco a múltiples esfuerzos de salvación de los jóvenes, como expresión de una modalidad típica de contemplar el misterio de Dios y de participar en su gran Proyecto de amor al hombre»³³.

Son innumerables las exhortaciones de Don Bosco a la caridad de obra. Basten algunas menciones. «Trabajad con caridad –dice reiteradamente– ofreciendo todos vuestros trabajos a Dios, el único digno de ser amado y servido, que nos ama como un padre afectuosísimo» (*MB IX*, 712); «sirviendo al prójimo con la dulzura de San Francisco de Sales y la paciencia de Job» (*MB XV*, 680). La caridad, que para Don Bosco es siempre bondad paternal y fraternal y reflejo de la ternura de Jesús para con los pequeños y los pobres, informa el *sistema preventivo* y todo el trabajo salesiano. «Quien desea trabajar con fruto debe tener la caridad en el corazón y practicar la paciencia con las obras» (*MB XVI*. 32).

«Es el ‘ejercicio de una caridad pastoral’ que se caracteriza por la que me gusta llamar –afirma Don

³³ *Ibíd.*

Viganò refiriéndose sobre todo a las *Actas* del Capítulo General Especial– ‘gracia de unidad’... En esta gracia de unidad de la vida interior de Don Bosco –subraya– encontramos el elemento estratégico de la interioridad salesiana. ¿Unidad entre qué? –se pregunta–. Unidad entre la mirada puesta en Dios –adoración, escucha, oración– y el empeño por la salvación que lanza en medio de los jóvenes, pero de modo que este empeño no sea una distracción de aquella mirada, y que la mirada no sea una evasión del empeño, sino que lo uno alimente a lo otro; que lo uno sea el soporte, el momento de referencia y de carga para el otro. Es más fácil decirlo que practicarlo –constata el Rector Mayor con mucho realismo–, todos estamos convencidos de ello, pero Don Bosco lo ha querido así».

Sacando las consecuencias, Don Viganò prosigue: «Es con el ejercicio de una caridad pastoral semejante como se consigue transformar el trabajo en oración, unir y hacer compenetrar la consagración y la misión y viceversa, la evangelización y la promoción humana (‘evangelizar educando y educar evangelizando’), superar tantas dicotomías peligrosas que sólo esta caridad sabe fundir unitariamente en el corazón de la persona. Así nuestros proyectos de educación y de pastoral serán la expresión de un intenso amor de Dios y de la unión que vivimos con El; y nuestras horas de oración, de liturgia, de retiro, llenarán el diálogo con Dios teniendo presentes también los destinatarios y los problemas del apostolado»³⁴.

La persuasión –dice Pedro Stella– de estar bajo *una presión singularísima de lo divino domina la vida de Don Bosco*, está en la raíz de sus resoluciones más audaces y está pronta para estallar en gestos teme-

³⁴ *Ibíd.*

rarios. La fe de ser instrumento del Señor para una misión singularísima fue profunda y sólida en él»³⁵. He aquí sintetizado de forma significativa aquello en que se basa toda la vida y la actividad de Don Bosco: «Una presión singularísima de lo divino», es decir, Dios y su voluntad salvífica del mundo están de tal manera presentes en él que no puede detenerse en su impulso de llevar los jóvenes a Dios, de salvar las almas. Dios es para Don Bosco lo suficientemente grande como para llenar toda su vida.

Para vivir en Dios y de Dios, en el corazón mismo de las *relaciones humanas*, en el ejercicio de las *distintas actividades*, basta, entonces, abandonarse al movimiento intrínseco de la caridad afectiva y efectiva: «No es tan difícil –decía Don Bosco– formarse el hábito de la continua unión con Dios» (*MB XIII*, 117). Lo importante para él es que se obre en la más estrecha dependencia y comunión con Jesús: «Convertidos en miembros del sacratísimo cuerpo de Jesús, debemos mantenernos estrechamente unidos a El en el creer y en el obrar» (*MB XII*, 641).

También la *actividad profana* de Don Bosco está completamente polarizada y dirigida a la gloria de Dios. Esto aparece clarísimamente, como hace notar P. Braido, «del diagnóstico y del juicio que él formulaba de su tiempo y de sus exigencias. No es el juicio de un pedagogo, sociólogo o político, sino de un sacerdote que todo lo ve *sub specie aeternitatis* de la «gloria de Dios y de la salvación de las almas»³⁶.

Don Bosco ve, especialmente en la fidelidad a los deberes del propio estado, el camino más seguro, más fácil, y siempre al alcance de la mano, para realizar

³⁵ P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica II: Mentalità religiosa e spirituale*, Roma 1969, 32.

³⁶ P. BRAIDO, *Don Bosco educatore oggi*, Zürich 1963, 61.

la unión práctica con Dios. El ve en los deberes del propio estado la *presencia* de Dios y la *manifestación* más clara de Dios y de su voluntad en el «aquí y ahora» de nuestra historia. De aquí su proverbial y casi continua insistencia a los jóvenes sobre el «Dios te ve». Inculca continuamente a sus subordinados el ejercicio de la presencia de Dios, haciendo colocar la máxima «Dios te ve» en los lugares de estudio y de trabajo, para ayudar a vivir y obrar en la presencia de Dios: «Este pensamiento de la presencia de Dios nos debe acompañar en cada momento, en cada lugar, en cada acción» (MB XIII, 427); «*que cada uno cumpla los deberes de su cargo en la presencia de Dios*» (MB XVII, 187). He aquí, de nuevo, el *secreto de la vida de Don Bosco*: ¡la presencia de Dios para él y la de él para Dios! Era esta su *pre-existencia*, podríamos decir, su continua *in-existencia*, de donde provenía su *pro-existencia* para todos, especialmente para los jóvenes.

Y de aquí provenía también su maravillosa *unidad de vida*. No encontramos en él signo de tensión entre vida de oración y vida de acción, entre Dios y el hombre, entre el momento del *tú a tú* en la intimidad de la oración y el *codo a codo* con Dios en el trabajo, hasta tal punto esos dos momentos aparecían compenetrados y solidarios entre sí. Don Bosco, en otros términos, no aparece jamás dividido entre el trabajo y la oración; no manifiesta nunca, sea que trabaje sea que ore, la «añoranza de algo», siempre tan presente y tan fuerte en nuestra vida, porque la *cruz* del presente, la *propia cruz*, es siempre la más pesada de todas.

En Don Bosco existe siempre una admirable compenetración y simultaneidad entre los dos movimientos: el contemplativo de concentración en la oración, sea antes, durante y después de la acción; y el activo de salida y de participación en la acción de Dios.

El uno conduce al otro en un movimiento dialéctico continuo, donde lo que realmente cuenta es la continua presencia de Dios y Dios en la fe, esperanza y caridad vividas.

«La fantasía de Don Bosco orante –afirma Don Viganò reflexionando sobre la ‘interioridad hecha historia’– debía estar llena de Dios, pero por eso mismo, llena también de sus muchachos, de las personas, de los problemas que le acuciaban. Y hemos de afirmar asimismo lo contrario: o sea, que el trabajo, las audiencias, las discusiones, los juegos, los paseos, las clases, el estar con los jóvenes, el escribir, el dedicarse a tantas empresas y las fatigas de Don Bosco debían ser como un éxtasis de su contemplación, de su amor. ‘El éxtasis de la acción’, como diría Don Rinaldi repitiendo el pensamiento de San Francisco de Sales.

Debemos tener esta convicción: Nosotros no rezamos para santificar el trabajo, como si la santidad estuviera sólo en la oración y no en el trabajo apostólico; nosotros rezamos y trabajamos, estamos inmersos en la oración y contemplamos a Dios porque ‘nos mueve desde dentro una misma caridad pastoral que es el alma de la oración y de la acción apostólica’. Nuestra santidad no se identifica con la oración. Toda santidad se identifica con el amor. Y el amor de nuestra santidad es el de la caridad pastoral. ‘He aquí el centro de nuestra vida interior’... Don Bosco, mirando a Dios con el espíritu atento a las necesidades de la juventud, veía en El, sobre todo, la bondad, la paciencia, la misericordia, su pedagogía. Nosotros debemos ser los anunciadores, los descubridores de la bondad de Dios, de su plan de salvación, de su amor en la historia, de su misericordia, de su encarnación, de su paciencia y de su pedagogía. Esto será posible a través del ejercicio de una vida interior según el modelo de Don Bosco que está

ligada no tanto a una manera abstracta de rezar, cuanto a un compromiso concreto de caridad pastoral, que exige una especial unión con Dios y también una manera original de orar»³⁷.

Don Bosco es un contemplativo en la acción y un activo en la contemplación; este *dinamismo dialéctico* remite directamente al *misterio mismo* de Dios. Don Bosco, místico activo, capta y experimenta a Dios no sólo en los momentos de la oración explícita, sino en el ejercicio mismo de la acción apostólica, caritativa, humanizadora; lo toca y lo siente mientras participa y colabora con todas sus fuerzas en la actuación del plan salvífico de Dios sobre la humanidad, sobre todo en los jóvenes. Don Bosco sabe que Dios actúa a cada instante en el corazón del hombre y de la historia: la humanidad vive en el hoy de Dios. Esta realidad es no sólo creída, sino intensamente experimentada y vivida. Pero la «mística de la acción» pasa por la vía dolorosa; vive de una caridad crucificada, conoce las noches de los sentidos y del espíritu. Todo esto lo vivió Don Bosco. Lo que no deja de sorprender en él es que la compenetración de lo divino se dé en una existencia contramarcada más por la acción que por la oración explícita.

³⁷ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 5. 3.

SANTA MARIA MAZZARELLO LA CONTEMPLATIVA EN ACCION

Estudiando la vida de María Dominga Mazzarello uno se da cuenta de que en su raíz más profunda hay un atractivo secreto semejante a un imán: Dios. Esto se ve en la infancia y en la preadolescencia, que están como envueltas por el pensamiento de Dios que todo lo ve y todo lo sabe. En la Valponasca domina soberana la *ventana de la contemplación* –siempre abierta sobre sus duras jornadas de trabajo y en sus velas nocturnas. Como Hija de la Inmaculada se intensifica en ella el ejercicio de vivir en la presencia de Dios. Una vez dentro de la órbita de Don Bosco hace suyo el *Da mihi animas, cetera tolle* que será su programa de oración, de unión con Dios y compromiso de «trabajo y templanza». Como Hija de María Auxiliadora, Vicaria y Madre, arrastra a las Hermanas al compromiso de vivir constantemente en la presencia de Dios sirviendo a la juventud necesitada³⁸.

³⁸ Véase, para esta parte sobre todo, además de la bibliografía ya citada, C. COLLI, *El espíritu de Mornese. La herencia espiritual de Santa María Dominga Mazzarello*, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1981. L. DALCERRI, FMA, *Alma conducida por el Espíritu Santo. Santa María Dominga Mazzarello*, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1973. E. VIGANÒ, *Riscoprire lo spirito di Mornese*, Roma 1981. E. VIGANÒ, *No según la carne, sino en el Espíritu*, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1979.

El doctor José Cannonero, después obispo de Asti, en la conmemoración centenaria del nacimiento de la Santa, en 1937, afirmó: «Su vida, si bien corta y pobre de salud, se desenvuelve en un complejo de iniciativas y de obras que impresiona y estremece. Pero no olvidemos que hay que remontarse a la fuente, y la fuente es la plenitud de su vida interior... Aunque alimentó la llama devoradora de la actividad exterior, toda su vida estuvo señalada por otra fiebre más devoradora aún, la fiebre de la oración, del diálogo con Dios, de la contemplación de las grandes realidades de la vida sobrenatural»³⁹. Sor Lina Dalcerrí, al transcribir estas palabras, comenta: «En ella se cumplió la bienaventuranza de la sencillez evangélica, a la que el Padre se complace en revelar los misterios del Reino de Dios y su divina presencia. Y llegó a este encuentro con Dios no a través de los libros y la cultura..., sino por la iluminación interior del Espíritu Santo. Para ella Dios fue el todo de su vida en torno al cual empezó a girar, movida, guiada, dominada y poseída por El. Dios inundó su alma con la plenitud de su amor para ser el primero y el único»⁴⁰.

LA ATRACCION DE DIOS EN LA VIDA DE MORNESE

Don Pestarino había introducido en Mornese la costumbre de reunir a los fieles en la iglesia para las oraciones de la noche y una breve lectura espiritual. No pudiendo intervenir por la distancia, María se unía en espíritu desde la alquería de la Valponasca, poniéndose, primero sola, después con los

³⁹ Citado en L. DALCERRI. *Alma conducida por el Espíritu Santo*, 53-54.

⁴⁰ *Ibíd* 53.

demás de la casa, junto a la ventana que mira a la parroquia⁴¹.

Otro episodio muy conocido: A los diecisiete años, en una reunión de las Hijas de la Inmaculada, María Dominga hace una declaración que maravilló a sus compañeras. Se acusa con gran dolor «de haber pasado un cuarto de hora sin dirigir la mente a Dios»⁴². ¿Cómo es posible que una campesina, activísima en los duros trabajos del campo, piense continuamente en Dios? La respuesta creo que es esta: Dios la atraía, la fascinaba. María había comprendido ya entonces que Dios lo es todo para el hombre y que fuera de El no se es real y verdaderamente hombres. No nos encontramos ya ante una joven que hace esfuerzos humanos imponentes de *ejercicio* de la presencia de Dios (como quizá a menudo y loablemente hemos hecho nosotros en el noviciado, incluso sin grandes éxitos), sino a una recíproca y atrayente presencia de amor.

Su amiga Petronila atestigua: «María no sólo pensaba continuamente en Dios, sino que vivía en su presencia; más aún, vivía amorosamente unida a El». Ella había comprendido perfectamente el verdadero secreto de María: la oración era el respiro de su alma. Así lo reveló también uno de los jornaleros de su padre: «En los momentos de descanso yo mismo la vi arrodillarse entre los viñedos para rezar». Estaba, tan llena de la presencia de Dios que lo sentía y lo encontraba en todas partes, porque lo llevaba dentro de sí: «Trabajando en casa, yendo por la calle, atendiendo activamente al trabajo de los viñedos, su pensamiento estaba perdido en Dios»⁴³.

⁴¹ Cf L. CASTANO, *Madre Mazzarello*, 38.

⁴² Citado en L. DALCERRI, *Alma conducida*, 53-54; L. CASTANO, *Madre Mazzarello*, 52.

⁴³ Cf L. DALCERRI, *Alma conducida*, 54.

En 1860 una grave enfermedad troncha sus energías. En el verano de ese año estalla el tifus en Mornese.

La enfermedad, las cruces, los sufrimientos y la cercanía de la muerte llevan con frecuencia al hombre a su *esencialidad* y a la «verdadera libertad interior». Son entonces la ventana y la puerta a través de las cuales Dios irrumpe en la existencia humana, que reconoce la propia nulidad y la dependencia completa del Dueño de la vida.

La dramática experiencia de la enfermedad hace palpar a María Mazzarello su verdad: su nada sin Dios y fuera de Dios. Pero esta verdad, en vez de abatirla y hundirla en el envilecimiento y en la frustración, la abre a una confianza sin límites y a un total abandono en Dios.

Purificada radicalmente del sentido de la propia autosuficiencia se convierte en una mujer soberanamente libre: sencilla, humilde, totalmente ella, tal como se ha cultivado y como se ve a la luz de Dios, ni más ni menos.

Existe una completa identidad entre lo que aparece y lo que es; entre lo que piensa y siente y lo que hace y dice. Existe en ella una total transparencia que deja entrever, como en el fondo de la arena de un límpido torrente, el motivo verdadero, el motivo único de su vivir y de su obrar: Dios suma e intensamente amado, a quien se ha de hacer amar suma e intensamente. Y esto sin aparente esfuerzo, sin tregua alguna, con la mayor naturalidad, sencillez, espontaneidad y sinceridad. Es precisamente esta humilde sencillez, esta lograda libertad interior (y exterior) la que sigue siendo la secreta tonalidad de su vida espiritual, de su fe sencilla y vivísima, de su indómito valor, de su constante alegría, de su profundo equilibrio, de su gran capacidad de discernimiento espiritual; sigue siendo, sobre todo, el secreto de su forma de amar con un

amor verdadero, intenso y delicado al mismo tiempo, pero sin complicaciones sentimentales ni debilidades: un amor fuerte⁴⁴.

La oración elevada delante del tabernáculo en la iglesia parroquial de Mornese expresa el secreto profundo de su atracción por parte de Dios: «Señor, si en vuestra bondad queréis concederme todavía algunos años de vida, haced que los pase ignorada de todos, olvidada de todos menos de Vos»⁴⁵.

La amiga y confidente Petronila Mazzarello cuenta: «encontrándome un día –ciertamente de 1861– cerca de la iglesia, María me dijo: ‘Ya no puedo trabajar en el campo. ¿Por qué no aprendemos las dos a coser? Podríamos reunir a las niñas y enseñarles a coser y a conocer y amar al Señor... Pondremos la intención de que cada puntada sea un acto de amor de Dios’»⁴⁶.

El pensamiento de Dios, el íntimo coloquio con El, constituía el ritmo normal de su vida, su actitud fundamental. Nada era capaz de distraerla: «Aun en medio de las ocupaciones su espíritu permanecía incesantemente unido a Dios con frecuentes aspiraciones y ardientes jaculatorias... Su mirada estaba dirigida a Dios sólo»⁴⁷. Con suma naturalidad, sacaba ocasión de todo para hablar de Dios y para hacerlo amar.

Vivo espíritu de fe

Fuerte en la fe en Dios, heredada de la familia, y sostenida por un ambiente religioso que era todo fervor, gracias al celo de Don Pestarino, María

⁴⁴ Véase C. COLLI, *El Espíritu de Mornese*, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1981. 107-115 del cual fueron tomados, con el permiso del autor, trozos enteros, a veces literalmente.

⁴⁵ L. CASTANO, *Madre Mazzarello*, 57.

⁴⁶ *Ibíd* 61; cf 69.

⁴⁷ Véase L. DALCERRI, *Alma conducida*, 55.

Mazzarello tuvo ya de joven un vivo sentido del pecado –en el verdadero significado teologal de la palabra– en cuanto debilitación (o ruptura) de las relaciones filiales con El y, por consiguiente, un sentido de dolor, de desasosiego interior, aunque también de verdadera esperanza en su misericordia de Padre y una necesidad de reconciliación y de oportuna conversión.

La Madre Petronila testifica: «Cuando tenía alguna duda de haber ofendido a Dios ya no podía estar tranquila y se la manifestaba al sacerdote, incluso encontrándolo por el camino»⁴⁸. Este sentimiento de delicadeza de conciencia la acompaña toda la vida y le hace obrar en consecuencia.

El fundamento granítico de su constante optimismo y de su valor era la fe: «Tenía una gran confianza en Dios y la sabía infundir admirablemente en las demás, y cuando acaecía que éramos un tanto perseguidas, ella, con íntima convicción y santa firmeza, decía: ‘No temáis; rezad, que Dios está ciertamente con nosotras y nos defenderá’, y todas nosotras –concluye la que esto testifica– vivíamos tranquilas confiadas en su palabra»⁴⁹.

Incluso en circunstancias dolorosas «su fe viva le hacía ver en todo la voluntad de Dios, y sabía conservarse serena y resignada»⁵⁰. La Madre Enriqueta Sorbone atestigua que «en los múltiples deberes tenía siempre presente a Dios y procuraba cumplir su voluntad hasta en las cosas más pequeñas». «La veía continuamente vigilante sobre sí misma y atenta para vivir ella la primera y hacer vivir a las demás en la presencia continua de Dios, pero sin hacerse pesada,

⁴⁸ F. MACCONO, *Santa María D. Mazzarello*, Ind. Gráf. España, S. L., Madrid 1980, II 80.

⁴⁹ *Ibid* 186-187.

⁵⁰ *Ibid* 28-29.

y con tan transparente sencillez que el amor de Dios parecía connatural en ella»⁵¹. Impresiona, sin embargo, una confianza de María Mazzarello a Sor Pacotto: «Tú dices que me ves rezar con fervor. Pero yo he de decir, en cambio, que no experimento nunca el gusto de la oración»⁵²; y una afirmación de monseñor Costamagna que la conoció íntimamente: «Mantuvo siempre un vivo fervor, aunque no tuviera nunca consuelos espirituales interiores»⁵³.

Piedad ferviente, sencilla, operante

Inspirada por esta fe viva, sencilla y robusta en el Dios de Amor –afirma Don Colli– esta piedad no es más que una respuesta de amor a su Amor: una respuesta que no tiene en cuenta un momento u otro, ni un aspecto u otro de la vida que se vive, sino que considera el sentido mismo de esa vida en todos sus instantes, en todos sus aspectos⁵⁴. Cuando se tiene el corazón y la mente llenos de Dios, es imposible que no se le tenga también en los labios. Baste un testimonio: «Durante el recreo, las conversaciones de las Hermanas de Mornese eran casi siempre de cosas piadosas; trataban sobre la meditación, sobre la lectura o la plática oída, sobre la explicación de los salmos o himnos de la Iglesia y sobre el modo de santificarse. Las visitas al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen eran frecuentísimas y llenas de fervor. Hasta durante el trabajo oraban rezando el santo Rosario o cantando las Letanías o cantos religiosos. Si era tiempo de silencio, cada una, aunque

⁵¹ *Ibíd* 193.

⁵² *Cronohistoria* III, 248.

⁵³ F. MACCONO II, 176.

⁵⁴ C. COLLI, *El espíritu de Mornese*, 96.

atenta al deber, no cesaba de desbordarse en jaculatorias»⁵⁵.

La sencillez en la piedad tan inculcada por Don Bosco: «Sus hijas deben ser sencillas en todo, también en la piedad, para no cansar a la juventud con devociones más propias de enclaustrados que de religiosas de vida activa, y que deben presentarse tan sencillas y desenvueltas que no infundan excesivo respeto a las niñas que han de educar en las virtudes cristianas»⁵⁶, era también una exigencia viva en María Mazzarello desde su adolescencia.

Fernando Maccono observa: «María sufría cuando alguien la observaba y alababa por su devoción, porque aborrecía las singularidades y quería, en todo lo que no es pecado, comportarse como las jóvenes de su edad y condición; hacer lo que se hace comúnmente pero de forma no común: ser exacta en todos sus deberes y hacer las cosas extraordinariamente bien hechas: porque quería agradecer a Dios en todo y no encontraba nada tan común que, bien hecho, no pudiera ser ofrecido a El»⁵⁷. Elegida Superiora, no cambia ni de parecer ni de actitud. Escribe su biógrafo: «Recomendaba que se hablara a Dios con familiaridad, como se habla con las personas, de hablarle incluso en dialecto»⁵⁸ y «exhortaba a exponer al Señor lo que nos dicta el corazón, prefiriéndolo a las oraciones de los libros, porque –decía– esos son los sentimientos de otros; en cambio, cuando decís lo que os dicta el corazón, expresáis vuestros propios sentimientos»⁵⁹.

María Mazzarello inculcaba frecuentemente la unidad entre fe, oración y vida, inculcaba una piedad

⁵⁵ F. MACCONO I, 298.

⁵⁶ *Cronohistoria* II, 46.

⁵⁷ F. MACCONO I, 48.

⁵⁸ F. MACCONO I, 412.

⁵⁹ F. MACCONO II, 188.

operante, concretizada en el cumplimiento del deber de cada día, en el amor a Dios y al prójimo y en la paciencia en el sufrimiento.

Continua unión con Dios

Lo mismo que en Valdocco, así es en Mornese: Dios lo era todo. Sin el atractivo del Dios presente y operante en la historia no se puede explicar la intensidad de su empeño por la salvación de los demás, su celo de caridad apostólica por la juventud pobre y necesitada.

Así como el sol, al surgir por el horizonte e irradiar luz y calor, se convierte en fuente de vida para el mundo, así sucede con la presencia de Dios percibida en Mornese a la luz de una fe sencilla, límpida, viva y operante. Aunque no falta la percepción del Dios grande, exigente y justo, que podría crear un sentido de temor, de opresión, la presencia que domina soberana el horizonte espiritual de Mornese es la de un Padre bueno y providente, omnipresente y activamente operante en cada circunstancia de la existencia humana, la experiencia de un Dios que da vida y que quiere liberar al hombre de todo lo que puede amenazarlo en sus verdaderas dimensiones, un Dios que quiere infundir confianza y valor en los inevitables momentos de desaliento, de oscuridad, de debilidad y que quiere dar tanta alegría que presente siempre motivos y fuerza de optimismo suficientes para vivir en paz. La clara percepción de la centralidad de Dios en la vida de la casa, la íntima experiencia de que sólo de El fluye la energía que engendra y alimenta su vida, hace de la íntima y continua unión con El una exigencia de la vida en Mornese⁶⁰.

⁶⁰ Cf C. COLLI, *El espíritu de Mornese*, 99.

Desde que a los doce años, con «extraordinario recogimiento» y con una «alegría que se traslucía en sus ojos»⁶¹, se acercó por primera vez a Jesús en el sacramento de su amor, María se sintió siempre irresistiblemente atraída hacia El. Cuántas veces se fijó su mirada amorosa, al otro lado del valle, en la iglesia parroquial, adorando en lo profundo de su espíritu a aquel Jesús que había recibido por la mañana en su corazón. Cuando sus padres la mandaban al pueblo a hacer algún encargo, se alegraba enormemente, porque podía visitar a su querido Jesús Sacramentado. Por la tarde y por la noche, desde la ventana, lo saludaba con amor. Toda su vida gravita en torno a este centro eucarístico.

Pero otra presencia acompaña la existencia de María Mazzarello: es la de la Santísima Virgen, Dolorosa, Inmaculada, Auxiliadora. Algunos aspectos que caracterizan el espíritu del Instituto, como el espíritu de pobreza, de dócil obediencia, de humilde sencillez, de candor virginal y de calor materno, unidos siempre a un amor ardiente a Jesús, y a una generosa y total entrega a los más pobres y abandonados, llevan netamente la impronta de María. Su presencia viene explícitamente confirmada por Don Bosco en Nizza Monferrato, en su última visita a la casa madre el 23 de agosto de 1885⁶².

Junto a Jesús y a María, para completar el cuadro de las presencias advertidas en Mornese, debemos añadir también la presencia discreta pero eficaz de San José, que desempeña el papel de custodio y de ecónomo. No falta la fe en la presencia y en la ayuda continua de los santos Angeles, sobre todo del Angel de la Guarda y la conciencia de vivir en la comunión de los Santos. Todo un mundo de pre-

⁶¹ *Cronohistoria* I, 33.

⁶² Cf C. COLLI, *El espíritu de Mornese*, 103.

sencias que influyen continuamente en la vida, la llenan de fuerza y la impulsan a participar en la obra divina de la salvación.

Para abrirse a estas presencias se necesita recogimiento y silencio. Es muy conocida y siempre actual la respuesta de la Madre Mazzarello a la pregunta: ¿Por qué una Hermana debe observar el silencio? «Para poder unirse más fácilmente a Dios y hablarle, para hacerle conocer sus necesidades, para escuchar su voz, sus consejos y sus enseñanzas. Si una religiosa no habla, pero piensa en las cosas del mundo y se pierde en pensamientos vanos e inútiles, y está investigando lo que se hará o dirá de ella, si piensa en el éxito de un trabajo o en una palabra oída acá o allá..., decidme, ¿esta religiosa habrá observado el silencio? ¡Naturalmente que no! Porque habrá callado materialmente, pero su corazón y su mente habrán estado hablando y no habrán estado unidos a Dios»⁶³.

De este recogimiento en Dios y de esta vida en su presencia es de donde brota una existencia vivida con humilde sencillez, gran desenvoltura, profunda libertad, comunión fraterna y santa alegría. Bajo el impulso y la singular presión de lo divino, la Madre Mazzarello y el grupo morresino viven con el celo ardiente de la salvación de las jóvenes. Del Amor de Dios, y por Dios, brota esa energía de la caridad apostólica, maternal, tierna y fuerte que sabe adaptarse a la capacidad y a las debilidades de la juventud necesitada. Preocupada por el futuro, la Madre exhorta a las Hermanas y a las niñas a conservar y vivificar el espíritu de los orígenes: «...si nosotras que somos las primeras comenzamos a ser relajadas, si no amamos, si no practicamos la humildad y la pobreza, si no observamos el silencio, si no vivimos

⁶³ F. MACCONO I, 388.

unidas al Señor, ¿qué harán después las demás?»⁶⁴.

La Madre Enriqueta Sorbone describe el espíritu de los orígenes en estos términos: «Gran obediencia, sencillez, exactitud a la Regla; admirable recogimiento y silencio; espíritu de oración y de mortificación; candor e inocencia infantil; amor fraterno en el trato y en la conversación, con un gozo y una alegría tan santa que hacía de la casa un ambiente de paraíso. No se pensaba ni se hablaba más que de Dios y de su santo amor, de la Santísima Virgen y del Angel de la Guarda; y se trabajaba siempre bajo sus dulcísimas miradas, como si estuvieran visiblemente presentes, y no se tenían otras miras. ¡Qué hermosa era la vida!»⁶⁵.

LA UNION CON DIOS EN EL TRABAJO - LA HERENCIA DE DON BOSCO Y DE LA MADRE MAZZARELLO

Aunque en las conferencias que se nos transcriben en las *Memorias Biográficas* o en la *Cronohistoria* Don Bosco no trata explícitamente del «espíritu de Mornese», no faltan aquí o allá alusiones en este sentido. Así, cuando trata de la oración, casi instintivamente hace una alusión al trabajo. Para él la piedad se expresa en el trabajo desinteresado y sacrificado; y el trabajo, tal como él lo entiende, no se concibe sin una intensa y profunda piedad: pero una piedad que no se yuxtapone al trabajo, sino que lo penetra totalmente y le da su verdadero significado⁶⁶.

⁶⁴ *Ibíd.*

⁶⁵ Cf L. DALCERRI, *Rinnovamento e ritorno alle fonti*, Cuadernos FMA n.º 16, 26-40.

⁶⁶ *MB* X 552, 622, 647; XIV 247; *Cronohistoria* II, 211.

El texto de las Constituciones de 1885

Si hay algo, referente al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, de lo cual Don Bosco se cuidó personalmente, no delegándolo en ninguno de sus colaboradores, es, precisamente, la redacción del texto de las Constituciones⁶⁷. Por este solo hecho podemos deducir la importancia que Don Bosco le daba. En las Constituciones de 1885, en el capítulo XIII, que trata de las «Virtudes principales propuestas al estudio de las Novicias, y a la práctica de las Profesas», aparece, en una especie de cuadro único, la identidad espiritual de la Hija de María Auxiliadora según el pensamiento de Don Bosco. En el cuarto artículo, que trata del *espíritu de oración*, se dice: «Las Hermanas se han de dedicar de buen grado a las obras de piedad y mantenerse en la presencia de Dios, abandonadas a su dulce Providencia».

La expresión *espíritu de oración* –comenta Don Colli–⁶⁸ nos hace comprender que, más que de actos específicos, se trata de una actitud habitual del espíritu ante el Señor. Esto no quita que la existencia de tal actitud habitual del espíritu de Don Bosco –concreto como es– encuentre su realización en

⁶⁷ C. COLLI, *El espíritu de Mornese*, nota 21 dice: En la redacción se han tenido presentes tanto las Reglas de las Hermanas de Santa Ana de 1842 (sobre cuya pauta fueron redactadas las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora) como los subsiguientes textos de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora; respectivamente: de 1871 (manuscrito), de 1878 (impreso), de 1885 (impreso). No obstante, nuestra atención se fijará en el texto de 1885, el último aprobado en vida de Don Bosco, aquel, por tanto, en el que, presumiblemente, expresa más al completo su pensamiento, bajo la guía de la experiencia y de la fisonomía que había ido asumiendo poco a poco gracias a la acción de la Madre Mazzarello.

⁶⁸ C. COLLI, *El espíritu de Mornese*, 25-27.

«atender de buen grado a las obras de piedad». Pero si sus hijos y sus hijas, por el género de vida activa que desarrollan, no pueden asistir a muchas prácticas de piedad en común, Don Bosco quiere, no obstante, que las hagan gustosamente, con serio empeño.

El resto del artículo nos dice cuál debe ser el contenido de esta actitud habitual del espíritu: es un vivir «en la presencia de Dios», un abandono «en su dulce Providencia». El texto está sacado de las Reglas de las Hermanas de Santa Ana, con dos únicas variantes, leves pero significativas. Ante todo, en el texto de las Hermanas de Santa Ana se habla de «espíritu de oración con el que las Hermanas se mantengan perpetuamente en la presencia de Dios». El *perpetuamente*, todavía presente en el manuscrito de 1871, desaparece en el texto impreso de 1878. Podría pensarse incluso en una omisión involuntaria si no fuera por un episodio de finales de febrero de 1877, narrado en la *Cronohistoria*, que explica quizá el motivo. Don Bosco, de visita a la casa de Alassio, va a ver a tres Hermanas enfermas acompañado de las demás Hermanas de la comunidad y después de haberles dicho a cada una una buena palabra, les pregunta a todas: «¿De qué virtudes queréis que os hable?». «Nosotras —atestiguan las Hermanas— que con nuestro continuo ajeteo no sabemos todavía estar en la presencia de Dios perpetuamente, como dice la santa Regla, casi a coro le contestamos: ‘Enséñenos cómo estar perpetuamente en la presencia de Dios’. Y el buen Padre repuso: ‘Sería realmente hermoso que las Hijas de María Auxiliadora estuvieran perpetuamente en la presencia de Dios, pero, mis buenas hijas, podéis hacerlo así: renovando la intención, cada vez que cambiáis de trabajo, de hacerlo todo a mayor gloria de Dios’»⁶⁹.

⁶⁹ *Cronohistoria* II, 210.

Don Bosco no propone a todas un ideal inaccesible para la mayoría; es suficiente mantenerse *habitualmente* en la presencia de Dios, alimentada por el explícito ofrecimiento a El de las distintas ocupaciones de que está llena la jornada. Parece que por esto haya omitido el *perpetuamente*.

Hay una añadidura que aparece sólo en el texto de las Constituciones de 1885. En el texto de las Reglas de las Hermanas de Santa Ana se decía: «Manténganse... en la presencia de Dios y abandonadas a su Providencia». En 1885 se añadió: «... a su *dulce* Providencia». En este conmovedor adjetivo se descubre la heroica e inquebrantable confianza en la bondad de Dios y en su amorosa Providencia de las primeras Hermanas mornesinas, guiadas y alentadas por la fe sencilla y vivísima de la Madre Mazzarello.

El quinto y último artículo del capítulo XIII de las Constituciones de 1885 dice: «Estas virtudes deben estar muy probadas y arraigadas en las Hijas de María Auxiliadora, ya que en ellas debe ir a la par la vida activa y la contemplativa, imitando a Marta y a Magdalena, la vida de los Apóstoles y de los Angeles». La última frase «la vida de los Apóstoles y de los Angeles» es una añadidura que se hizo sólo en 1885, que no se encontraba en las Constituciones de 1878. Se nota la clara diferencia con las Reglas de las Hermanas de Santa Ana, donde se afirmaba que «tales virtudes deben ser muy probadas y arraigadas en nuestras Hermanas, porque el estar libres de la estricta clausura las expone a mayor disipación». En la base está una concepción de la vida religiosa activa profundamente distinta. En el texto de las Hermanas de Santa Ana (como ha sido durante siglos) el ideal de la vida religiosa sigue siendo la vida monástica contemplativa. El punto de vista de Don Bosco es distinto. No se trata de una vida

monástica a la cual se añade una actividad caritativa o apostólica; es otra vida en la que la acción no se añade a la contemplación, sino que está totalmente imbuida de ella, ya que (como queda afirmado en el artículo precedente) se vive y se actúa manteniéndose habitualmente «en la presencia de Dios» y abandonadas «a su dulce Providencia». Las ejemplificaciones que siguen en nuestro texto deben interpretarse en el sentido de «vida activa y contemplativa». Las Hijas de María Auxiliadora deben ser a un tiempo «Marta y María» y deben imitar a un tiempo la vida de los apóstoles que evangelizan y la de los ángeles que contemplan incesantemente el rostro de Dios (aunque son también espíritus en servicio).

Quizá en ningún otro lugar ha expresado Don Bosco de modo más explícito esta característica fundamental de la espiritualidad salesiana, que Don Rinaldi define como «ejercicio de la unión con Dios en la plenitud de la vida activa»⁷⁰.

Las recomendaciones del Epistolario de la Madre Mazzarello

No raras veces insiste la Madre Mazzarello en sus Cartas sobre temas esenciales del «espíritu de Mornese», tales como la unidad y la sencillez, el trabajo sólo por amor de Dios y por su gloria, la rectitud de intención, el recogimiento y el vivir en la presencia de Dios. Un tema no menos frecuente es el de la unión con Jesús, la confianza en El y en su Madre, incluso bajo el peso de la cruz de la vida cotidiana⁷¹.

Aunque dirigida a Sor Angela Vallese, la carta escrita el 9 de abril de 1879, desde Nizza Monferrato,

⁷⁰ *Atti del Consiglio Superiore*, 24 de enero de 1924, 127.

⁷¹ *Cartas de Santa María D. Mazzarello*, a cargo de M. ESTER POSADA, FMA, Ediciones Don Bosco. Barcelona 1979.

se dirige a todas las Hermanas de la comunidad de Villa Colón, en el Uruguay: «Empiezo por Sor Filomena. ¿Estás alegre? Procura estarlo siempre. Vive estrechamente unida a Jesús, trabaja por agradecerle a El sólo... Y tú, Sor Josefina... comienza a ser cada día verdaderamente humilde, a rezar de corazón y a trabajar con recta intención. Habla poco, muy poco con las criaturas, pero habla mucho con el Señor. El te hará verdaderamente sabia... Sor De Negri, ¿ya sabes bien el francés? Al estudiar las lenguas de este mundo estudia también el lenguaje del alma con Dios. El te enseñará la ciencia de hacerte santa, que es la única ciencia verdadera... Animo, mis buenas Hermanas. Jesús debe ser toda vuestra fuerza. Con Jesús las cargas se hacen ligeras, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzura...» (*Carta 19*, 8, 10.12, 21).

A las Hermanas de Las Piedras en la Argentina (de las cuales era responsable la jovencísima Sor Juana Borgna, de 19 años recién cumplidos, como Vicaria de Sor Angela Vallese) la Madre escribe, desde Mornese, el 30 de abril de 1879: «... ¿Amáis al Señor? ¿Lo amáis de corazón? ¿Trabajáis por El sólo? Espero que todas me responderéis con un sí. Continuad, pues, alegres, amando al Señor... Conservad cuanto podáis el espíritu de unión con Dios, vivid en su presencia continuamente» (*Carta 20*, 1.3; cf 26; 35).

A Sor Josefina Pacotto, entonces maestra de las Postulantes y de las Novicias, le escribe el 10 de mayo de 1879: «Para estar alegre hay que ir adelante con sencillez, sin buscar satisfacciones ni en las criaturas ni en las cosas de este mundo. Piensa sólo en cumplir con tu deber por amor a Jesús y no te preocupes de nada más. Si eres humilde confiarás en El y El hará lo demás...» (*Carta 21*, 4).

En otra carta a Sor Angela Vallese, escribe desde Nizza Monferrato el 22 de julio de 1879: «Confía en Jesús, pon en El todas tus preocupaciones y déjale hacer, que El lo arreglará todo. Está siempre alegre, siempre de buen humor... Me dices que tienes mucho trabajo, y yo me alegro, porque el trabajo es el padre de todas las virtudes. Con el trabajo desaparecen los *grillos* y se está siempre alegre. A la par que te recomiendo el trabajo, te recomiendo también que cuides de la salud, y os recomiendo a todas que trabajéis sin ambición, sólo por agradar a Jesús...» (*Carta 22*, 3.5).

A las Hermanas de Carmen de Patagones, donde surgía la primera casa de las Hijas de María Auxiliadora en la Patagonia, la Madre Mazzarello, en la carta del 4 de mayo de 1880, escribe desde Nizza: «Me alegra que podáis trabajar mucho por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Que sepáis corresponder a la gracia inmensa que el Señor os ha hecho...» (*Carta 37*, 2; cf 40, 7; 42, 3; 66, 2). Y a Sor Jacinta Olivieri, Directora de la casa de Buenos Aires La Boca, en la carta escrita en el mes de mayo de 1881, desde Nizza, recomienda: «...Trabaja mucho en el campo que el Señor te ha dado; no te canses nunca; trabaja siempre con recta intención de hacerlo todo por el Señor...» (*Carta 59*, 4).

A Sor Ursula Camisassa, Directora en Catania, se dirige en una carta del 24 de junio de 1880, desde Nizza, con estas palabras: «Sí, mis queridas hijas en Jesús, tened ánimo: Jesús os quiere mucho. Es verdad que alguna vez tendréis que sufrir penas y sinsabores, pero el Señor quiere que llevemos alguna cruz en este mundo. El ha sido el primero en darnos ejemplo de sufrimiento; por lo tanto, debemos seguirle sufriendo con valor y resignación. Estad seguras de que aquellas a las que Jesús regala mayor sufrimiento

son las que están más cerca de El; pero debemos hacerlo todo con pureza de intención, para agradecerle a El sólo si queremos recibir el premio...» (*Carta 39, 4*).

A las Hermanas de Saint Cyr, en Francia, les insiste, en una carta del mes de octubre de 1880, desde Nizza, sobre las consecuencias concretas de vivir en la presencia y unión con Jesús: «Mis buenas Hermanas, pensad que donde reina la caridad allí está el Paraíso. Jesús se complace mucho de estar en medio de las hijas que son humildes, obedientes y caritativas; haced de modo que Jesús pueda estar contento en medio de vosotras... Las palabras no nos llevarán al Paraíso, sino los hechos. Pongamos manos a la obra con valor, practiquemos las virtudes sólo por amor a Jesús, sin ningún otro fin; a fin de cuentas son todo historias que nos metemos en la cabeza. La que ama verdaderamente a Jesús va de acuerdo con todas...» (*Carta 49, 3.6*).

A Sor Josefina Pacotto, en la carta escrita desde Nizza el 17 de enero de 1881, le da consejos para vivir en las misiones; revelan en su sencillez los principales contenidos espirituales de la Madre a las que debían transmitir el «espíritu de los orígenes»: «Mi siempre amada Sor Josefina: Escucha el primer recuerdo que te doy: que no debes nunca acobardarte ni desanimarte por tus defectos; gran humildad y gran confianza en Jesús y María y cree que sin El no eres capaz de hacer más que el mal... Segundo: obra en presencia de Jesús y de María, manteniéndote siempre unida a la voluntad de tus Superiores... El último recuerdo que te doy es éste: cuando la cruz te parezca pesada, da una mirada a la cruz que llevamos al cuello y di: ¡oh Jesús, Vos sois toda mi fuerza y con Vos las cargas se hacen ligeras, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzuras!

Pero, querida mía, debes vencerte a tí misma, si no todo se hace pesado e insoportable» (*Carta 64*, 1.2.5; cf 19, 21; 37, 12).

Otra carta llena de recomendaciones para una misionera que está próxima a partir, Sor Octavia Bussolino, escrita desde Nizza el 18 de enero de 1881, dice: «Mi buena y querida Sor Octavia... no te desanimes ante ninguna adversidad; recíbelo todo de las manos de Jesús; pon toda tu confianza en El y espéralo todo de El. Te recomiendo la pureza de intención, la humildad de corazón en todas tus obras. Que tu humildad esté libre de intereses propios. Haz de modo que Jesús pueda decirte: hija mía, estoy contento de tu modo de obrar. Animo, cuando estés cansada y apenada ve a deponer tus preocupaciones en el Corazón de Jesús y allí encontrarás alivio y consuelo...» (*Carta 65*, 1.2.3).

La unión con Jesús actúa de puente y enlace entre la Madre y sus Hermanas. En el primer autógrafo dirigido a las Hijas de María Auxiliadora de Villa Colón, escribía el 29 de diciembre de 1878 desde Mornese: «También yo espero vuestras noticias; escribidme siempre. Rogad por mí: entrad a menudo en el Corazón de Jesús, que yo también entraré y allí podremos encontrarnos y decirnos muchas cosas... Os dejo en el Corazón de Jesús y le pido que os bendiga y os haga todas suyas y os conserve siempre unidas y alegres...» (*Carta 14*, 2.5; cf 19, 1; 26, 3; 39, 2; 42, 1; 60, 1).

Sor María Dominga Mazzarello, esta figura simplicísima y lineal, ha caminado, por consiguiente, siempre hacia Dios, como Don Bosco. Su vida está bajo el signo de la atracción de Dios, de la continua búsqueda de El. Su existencia, a medida que está envuelta y dominada por la fe, es trasladada al plano

del misterio de Dios. En este plano, en esta profunda unión con El asumen para ella significado y valor todas las acciones, todas las situaciones, todas las pruebas.

Felizmente ha sido definida la Madre Mazzarello «alma conducida por el Espíritu Santo», porque —como dice Peter Lippert— «cuando los hombres están hechos así, que basta mirarlos para descubrir en ellos a Cristo..., es que esos hombres están llenos del Espíritu Santo»⁷².

Lo que se ha entrevisto en Santa María D. Mazzarello es el resultado de una vida. Pero hay que preguntarse: ¿cuál es la causa, la fuente, el fundamento de todo esto, la razón última y escondida, pero omnipresente? La respuesta es la misma que para la vida de Don Bosco: Dios. El verdadero y último secreto de estos dos gigantes cristianos es la presencia de Dios en su vida y la presencia de su vida ante El para los demás.

Cuando nosotros oímos o leemos estos testimonios, nos sentimos, quizá, muy limitados e inferiores ante estos altos ideales; en vez de estimularnos, casi nos desalentamos. Esto es verdad cuando pensamos que lo hemos de hacer todo nosotros. Es un poco la mentalidad en que nos vemos inmersos hoy. Precisamente por este motivo parece oportuno proponer algunas reflexiones sobre las condiciones necesarias para vivir hoy lo que Don Bosco y la Madre Mazzarello vivieron ayer con tanta sencillez y profundidad y que pertenece al patrimonio salesiano de todos los tiempos.

¿Es posible vivir unidos a Dios en el contexto de la cultura actual? ¿No es una auténtica e inalcanza-

⁷² P. LIPPERT, *L'umano dolore*, Brescia 1957, véase L. DALCERRI, *Alma conducida por el Espíritu Santo*: «Santidad: camino de fidelidad al Espíritu», 56.

ble utopía? ¿Cómo se puede hacer? He aquí algunas sugerencias, algunas perspectivas que parecen urgentes e indispensables para ser «contemplativos en la acción» y «activos en la contemplación», o, en la terminología salesiana, para vivir la unión con Dios en el trabajo, o la vida cotidiana salesiana en la presencia de Dios, en este advenimiento del dos mil, como le place decir al Papa Juan Pablo II, o en la espera del Nuevo Pentecostés, como hacía notar el Papa Juan XXIII.

Ante todo, una pregunta: ¿Dios es todavía Dios? Quiero decir: ¿consideramos todavía posible que Dios pueda llenar la vida humana radicalmente, totalmente, que pueda atraer una existencia casi irresistiblemente? ¿Admitimos todavía que Dios pueda ser de verdad Dios? La fe y los signos de los tiempos nos dicen: El existe, actúa y está presente, ayer y hoy, como lo estará mañana. ¿Y nosotros? He aquí el punto crucial, la herida, difícil quizá de curar, la laguna que rellenar, el vacío que colmar: Nosotros ¿estamos todavía presentes a Dios? ¿Le damos tiempo, espacio y libertad para llenar nuestra vida?

CONDICIONES ACTUALES PARA UNA VIDA DE UNION CON DIOS AL SERVICIO DE LA JUVENTUD POBRE Y ABANDONADA

Vivamente consciente de que en la situación actual del pluralismo cultural y religioso varían las situaciones y asumen acentos y matices diversos según los continentes, regiones, naciones y situaciones de cada comunidad y persona, me limito a señalar algunos puntos lo más comunes posible a quien ha dicho sí a Dios, para una vida al servicio de la juventud necesitada, en el espíritu de Don Bosco y de la Madre Mazzarello, vivo y operante desde hace cien años en la Iglesia y en el mundo.

Hay que tener viva conciencia de los obstáculos que en el mundo contemporáneo se oponen casi en todas partes, a escala mundial, al proyecto cristiano y salesiano de la vida. Con gran sentido de realismo nos esforzamos por mirar de frente la condición humana en general y la juvenil en particular, tal como es. Quizá la dinámica misma de los misterios centrales de la salvación nos ofrece un método para encontrar y afrontar el *colloquium salutis* en la situación actual:

Encarnación: Fase de inmersión en la historia y al mismo tiempo fase de asunción de la realidad concreta en espíritu de diálogo y simpatía.

Pascua: Crucifixión, crítica, crisis, purificación, vacío y resurrección a un nuevo nacimiento y a una nueva vida en todos los campos de la existencia humana.

Pentecostés: Propuesta de la novedad cristiana en su plenitud de verdad y de amor.

Cumplimiento escatológico: Viva conciencia de la limitación e insuficiencia de cualquier camino y conquista histórica, incluso en el camino de la salvación, y confianza efectiva en la esperanza de la plenitud y del cumplimiento definitivo de la historia en la visión y comunión con el Dios de la vida, en la fraternidad de la comunión de los santos en los nuevos cielos y en la tierra nueva.

Contemplando la situación actual se constata fácilmente: «Una característica de la civilización actual llamada *científico-técnica*, acelerada por los poderosos y atrayentes medios de comunicación social, es la intensa sucesión de sensaciones e impresiones, de percepciones fenomenológicas, de contacto con todos los acontecimientos, de posibilidades de distensión diaria en juegos y espectáculos, de inmersión en problemáticas temporales, de indoctrinamiento camuflado, de intolerancia del dolor y del sacrificio, de fáciles utopías, de ciencia ficción, que alejan del sentido profundo de la realidad cotidiana y habitúan fácilmente a vivir en la superficie, siempre a *flote* como el corcho... Es un hecho que hoy es muy fácil crecer en la superficialidad»⁷³.

El fondo general de esta situación está constituido por la cultura occidental actual, que tiene una dirección prevalentemente praxista, con tendencia al *hacer*, al *producir*, pero que genera, como contrapartida, una

⁷³ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 4.

necesidad vaga de silencio, de escucha, de respiro contemplativo.

Ambas orientaciones corren el riesgo de permanecer superficiales. Tanto el activismo frenético como ciertas maneras de entender la contemplación pueden representar una *fuga* de lo real. Para hacer evolucionar cristianamente esta situación, no bastará despertar una búsqueda de oración. Se necesitará también purificar, orientar, cristianizar ciertas formas incorrectas o insuficientes de búsqueda. Será necesario particularmente evitar las genéricas contraposiciones entre acción, lucha y revolución por un lado y contemplación, silencio, mística y pasividad por otro. Habrá que dar una específica orientación cristiana tanto a la acción como a la contemplación, mejor dicho, a la acción en la contemplación y a la contemplación en la acción para promover un armónico crecimiento del hombre, *homo faber* y *homo sapiens*, según su plena medida y capacidad⁷⁴.

En tiempos de Don Bosco y de la Madre Mazzarello, en muchas partes de Europa el ambiente estaba todavía impregnado de fe y del sentido de Dios. Este siglo nuestro conoce la indiferencia religiosa y respira el ateísmo práctico en el ambiente. Partícipes de este clima bastante difuso, cristianos y religiosos tienen necesidad de una formación permanente más urgente y más intensa de fe, de esperanza y caridad. Todo dependerá de cómo y en qué medida «engrandecemos al Señor», como María de Nazaret; si le damos la libertad de ser grande en su presencia y en su actuación en la vida de cada día. Conviene tener presente la propia existencia y tratar de responder a la pregunta: ¿qué es lo que yo hago grande en mi propia vida? ¿el nombre, las ideas (por no

⁷⁴ Véase CARLO M. MARTINI, Arzobispo de Milán, *La dimensión contemplativa*, 12-13.

decir ideologías), la ciencia, el trabajo, la fama, el éxito, los demás, las cosas, el yo... o Dios, ante el cual se desvanecen antes o después todos los ídolos? ¿Qué podemos hacer?

CREER EN DIOS - RECONOCER A DIOS COMO DIOS - TENER EL CORAJE DE LA CONFRONTACION CON DIOS

Nunca jamás tendremos un concepto y una visión suficientemente grande de Dios. Recordemos por un momento cómo el mismo Dios se presenta a la humanidad a lo largo de la historia:

- Dios = *Yahveh*, el «Dios para nosotros», el que está activamente y continuamente presente para favorecer y salvar a su pueblo y a toda la humanidad.
- Dios = *Padre*, así llamado diecisiete veces más o menos en el Antiguo Testamento y cerca de 117 en el Nuevo. ¡Qué cambio de perspectivas!
- Dios = *Enmanuel*, el «Dios con nosotros», el Mesías, Jesucristo, Salvador y Libertador, Hijo de Dios e hijo del hombre. Desde que Dios se hizo hombre, Dios no está nunca sin el hombre, y la humanidad no está nunca sin Dios.
- Dios = *Espíritu*, «Aliento de vida», «Respiro» sin el cual domina soberana la muerte (en todos los sentidos), el «Dios en nosotros», que inhabita en nosotros y nosotros somos su morada, su casa; esta potencia divina de amor nos transforma según la imagen de Cristo e impulsa continuamente a la resurrección (en todos los sentidos).

- Dios = *Caridad*, «Amor», que asegura que nos ha amado el primero y nos manda amarlo con todo el corazón y amar al prójimo como a nosotros mismos –con su amor según la medida y la praxis de Cristo.

Se podría continuar con los Nombres de Dios y con tantos símbolos que indican su realidad, su presencia, su actuación (como por ejemplo: Roca, Luz, etcétera). No es posible agotarlos: habrá siempre uno más y uno distinto. Es el Dios cada vez más grande –y al mismo tiempo el más pequeño y el más humilde de cuanto nosotros podemos imaginar.

CULTIVAR EL «SENTIDO DE DIOS» Y DE LA VIDA EN SU «PRESENCIA»

Hay que conquistar el sentido de Dios operante en la historia. El corazón de Don Bosco y de la Madre Mazzarello estaban repletos de la inmensa grandeza y bondad de Dios verdaderamente comprometido en la historia. Ciertamente sólo Dios es Dios. Pero es creador, y el Padre envió al Verbo y (juntamente con El) al Espíritu Santo a la historia, o sea a nuestra vida, a las vicisitudes de las personas, a la trama de la sociedad⁷⁵. El devenir cotidiano, los acontecimientos y las personas, la trama de la existencia están llenas de interpelaciones y de sorpresas de Dios y de los hombres⁷⁶.

Carlos M. Martini, arzobispo de Milán, describe en su valiente carta pastoral una cierta experiencia global de los hombres de hoy y extrae sus contenidos fundamentales:

⁷⁵ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 5. 3.

⁷⁶ *Ibíd* n.º 6. 4.

- La percepción de la vanidad de las cosas separadas del proyecto de Dios, que se transforma en súplica para ser nosotros mismos salvados de la insidia de la insignificancia y de la vaciedad.
- La percepción de la Presencia de Aquel que es plenitud y no está jamás ausente ni lejos de donde hay algo que verdaderamente existe.
- La percepción de Cristo vivo, en el cual todo el proyecto divino está resumido y personalizado, que funda el reconocimiento y la verificación de la relación de comunión con Aquel que es el único Señor y Salvador.
- La percepción, en Cristo, de la voluntad del Padre como norma absoluta de vida, de modo que la oración ya no es el intento de doblegar la divina voluntad a la nuestra, sino la intención siempre renovada de conformar nuestro querer al del Padre (cf *Mt* 6, 10; 26, 39-42).
- La percepción de la realidad del Espíritu, manantial de toda la vida eclesial, que ora en nosotros (cf *Rm* 8, 19-27), de modo que la oración se convierte en anhelo de salir de la soledad y de la clausura del individualismo y de exigencia de abrimos cada vez más al Reino de Dios que se va instaurando en los corazones y entre los hombres, es decir, en la Iglesia.
- La percepción de la cruz como victoria sobre el mal que hay en nosotros y fuera de nosotros, que hace de la oración una actitud de contestación al pecado, a la injusticia, al mundo, y una nostalgia de la Jerusalén celestial donde todo es santo⁷⁷.

⁷⁷ C. M. MARTINI, *La dimensione contemplativa*, 23-24.

De este entramado de la existencia y de las experiencias múltiples arriba enunciadas se deriva una impelente necesidad de interioridad teológica. Con razón, el libro más grande que hay que saber leer es el de la vida; y, en este, un analfabeto creyente puede ser mejor lector que muchos pseudosabios. San José y la Virgen han sido grandes contemplativos no porque supieran leer libros. María es el modelo de contemplación porque «custodiaba celosamente dentro de sí el recuerdo de los hechos...».

Los hechos de la existencia nos hablan de Dios. Hasta la sabiduría popular lo reconoce: «No cae la hoja del árbol sin que Dios lo quiera». Todo lo que sucede al creyente –y mucho más al religioso– presupone un plan divino; no sabrá descubrirlo muy fácilmente, pero tratará de acercarse y, sobre todo, de acrecentar su admiración y su gratitud, su confianza y su abandono, según la transparencia de los acontecimientos. Y todo esto es ejercicio de contemplación: vida interior realísima; no un éxtasis de evasión y de ensueño, sino un esfuerzo para leer toda la realidad, hasta el fondo, sin esconderse nada, incluso las cosas más duras, hasta las más inadmisibles, para verlas a la luz interiorizadora de la perspectiva de Dios⁷⁸.

CREAR Y GARANTIZAR UN CLIMA DE RECOGIMIENTO Y DE SILENCIO

Quisiera explicar esta actitud con la cita de un autor protestante, Gerhard Tersteegen, un pietista célibe que fundó una comunidad religiosa al comienzo de 1800 –superando el habitual desprecio de la

⁷⁸ E. VIGANÒ, *La vida interior*, 6. 4.

vida monacal en el protestantismo de entonces. Escribe en la regla de la comunidad:

«Recordad que vuestra casa y vuestro corazón deben ser la habitación del Dios Altísimo... Vuestra vocación es caminar día y noche con Dios en vuestros corazones, a través del ejercicio de la verdadera oración. No recéis sólo en los momentos establecidos, sino donde estéis, caminando o sentados. Hasta cuando os encontráis juntos... y si alguno quiere decir algo al otro, sea en el trabajo, sea en otra ocasión, recuerde antes y reflexione: Mi hermano, mi hermana está recogido en oración, no debo molestarlo; así se evitará toda conversación inútil, aunque sea de cosas espirituales. Rezad mucho, hablad poco... El espíritu de la charlatanería es la destrucción de la convivencia cristiana, extingue la piedad, confunde los sentimientos, pierde el tiempo y rechaza la divina presencia... Contemplad los frutos del silencio sagrado: Os da tiempo, fuerza, recogimiento, oración, libertad, sabiduría, convivencia con Dios y una bienaventurada paz»⁷⁹. ¿Quién, oyendo estas palabras, no se acordará de las razones aducidas por la Madre Mazzarello en favor del silencio y del recogimiento anteriormente citadas?

El arzobispo de Milán, Carlos M. Martini, habla muy acertadamente del miedo y del atractivo del silencio: «Si en el principio existía la Palabra y por la Palabra de Dios, venida a nosotros, comenzó a cumplirse nuestra redención, está claro que por nuestra parte, al comienzo de la historia personal de salvación debió haber silencio: el silencio que escucha, que acoge, que se deja animar. Ciertamente, a la Palabra que se manifiesta deberán corresponder nuestras palabras de gratitud, de adoración, de súplica;

⁷⁹ Traducción de: W. ZELLER, *Die kirchengeschichtliche Sicht des Mönchtums im Protestantismus, insbesondere bei Gerhard Tersteegen*, en: *Erbe und Auftrag* 49 (1973), 17-30.

pero antes está el silencio. Si, tal como ocurrió a Zacarías, padre de Juan Bautista, el segundo milagro del Verbo de Dios es el de hacer hablar a los mudos, es decir, de desatar la lengua del hombre terreno, encorvado sobre sí mismo con el canto de las maravillas del Señor, el primero es el de enmudecer la lengua del hombre charlatán y disperso (cf *Lc* 1, 20-22).

Podemos decir que la capacidad de vivir un poco del silencio interior caracteriza al verdadero creyente y lo separa del mundo de la incredulidad. El hombre que ha excluido de sus pensamientos, según los dictámenes de la cultura dominante, al Dios vivo que lo llena todo, no puede soportar el silencio. Para él, que cree vivir al borde de la nada, el silencio es el signo horripilante del vacío. Cualquier ruido, por molesto y obsesivo que fuere, le resulta agradable; cualquier palabra, hasta la más insípida, es liberadora de una preocupación; todo es preferible a ser colocados implacablemente, cuando todo calla, frente al miedo a la nada. Cualquier conversación, cualquier queja, cualquier rumor es bien recibido cuando de algún modo y por algún tiempo llega a apartar la mente de la conciencia espantosa del universo desierto.

El hombre *nuevo* –al que la fe le ha dado un ojo penetrante que ve más allá del espectáculo y de la caridad, un corazón capaz de amar al Invisible– sabe que el vacío no existe y la nada ha sido eternamente vencida por la divina Infinitud; sabe que el universo está poblado de criaturas gozosas; sabe que es espectador y partícipe de algún modo de la exultación cósmica, reflejada por el misterio de luz, de amor y de felicidad en que consiste la vida inagotable del Dios Trino.

Por consiguiente, el hombre nuevo, como el Señor Jesús, que al alba subía solitario a la cumbre de los

montes (cf *Mc* 1, 3; *Lc* 4, 42; 6, 12; 9, 29), aspira a tener para sí algún espacio libre de todo ruido alienante, donde sea posible extender el oído y percibir algo de la fiesta eterna y de la voz del Padre. Pero que nadie lo interprete mal: el hombre *viejo*, que tiene miedo del silencio, y el hombre *nuevo*, corrientemente conviven, en proporciones diversas, en cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros está exteriormente agredido por flechas de palabras, de ruidos, de clamores, que ensordecen nuestro día e incluso nuestra noche; cada uno está interiormente asediado por la locuacidad mundana que con mil futilidades nos distrae y nos dispersa.

En este ruido, el hombre nuevo que hay en nosotros debe luchar para asegurar al cielo de su alma el prodigio de «un silencio de media hora por lo menos» de que habla el Apocalipsis (8,1); que sea un silencio verdadero, lleno de la Presencia, resonante de la Palabra, tendido a la escucha, abierto a la comunicación»⁸⁰.

¡Quién no recuerda a este respecto la atmósfera, el clima de la casa de Mornese y del patio de Valdocco donde se respiraba el aire lleno de alegría y al mismo tiempo de recogimiento en la presencia de Dios! ¡Y no es difícil darse cuenta de sí existe o no existe en una casa salesiana! El artículo 53 de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora de 1975 dice:

«El silencio de todo el ser nos dispone a acoger la Palabra del Padre que revela sus misterios a los pequeños, nos forma a la escucha y nos hace más eficaces en la misión apostólica». Y proseguía la Madre Mazzarello, con su sabia exhortación: ‘Hablar poco con las criaturas, poquísimo de las criaturas y nada de nosotras mismas’, nos invita a descubrir cada

⁸⁰ C. M. MARTINI, *La dimensione contemplativa*, 19-22.

día mejor el valor profundo del silencio para crecer en la intimidad con Dios».

El silencio, por consiguiente, prepara el terreno en el que cae la semilla de la Palabra de Dios. El silencio es señal y símbolo de la presencia y de la acción del Espíritu Santo, misteriosa pero eficaz. Se necesitan pausas, profundos intervalos en la oración y en la vida para dejar que el Espíritu ore en nosotros y para percibir a qué forma de oración y de vida concreta nos mueve. Un poco de *desierto* se necesita siempre en derredor y en el oasis de la vida.

DESARROLLAR LA CAPACIDAD DE ESCUCHAR, MIRAR Y ESPERAR

Orar quiere decir ante todo: escuchar, mirar, esperar; sólo en un segundo momento se convierte en respuesta: vocal, mental, vital. Quiere decir asumir con toda la existencia la postura del *orante*, abrir todo el ser a Dios, con gran sencillez, conscientes de la propia nulidad, es decir, del hecho de haberlo recibido todo, de ser un *don* mismo de Dios. No podrá haber nunca bastante curiosidad en querer ver, oír, esperar. Abrir los ojos, ver y observar a Dios operante en el aquí y ahora, siempre; abrir los oídos, para escuchar la voz de Dios y captar con todos los sentidos sus signos –y luego responder–. Esperar con grande y continua expectativa el paso del Dios viviente y misterioso. Nuestra civilización occidental, tan activa para idear, programar y realizar, debería aprender ciertas actitudes profundamente enraizadas en el Oriente, como la de no tener prisa, la de saber escuchar, mirar largo rato y esperar con paciencia, la de saber vivir en profundidad el momento presente, el ahora, siempre abierto al pasado y al porvenir.

ACOGER LA MULTIPLE PALABRA DE DIOS

Desde que Dios creó el mundo, todo *habla* en la historia por medio de la *palabra*, todo tiene su lenguaje; el cielo estrellado, el mar, la montaña, la florecilla, el rostro del hombre. Las cosas más insignificantes se convierten en signos, huellas, voces, colores, sonidos de Dios. Basta tener ojos para ver, oídos para oír, un corazón abierto, curioso e insaciable para acoger. Las múltiples formas de meditación empleadas y practicadas pueden servir para abrir la existencia a la escucha, a la mirada, a la espera de Dios en todo el universo de nuestra vida.

Pero el centro y la fuente del Cristianismo es la PALABRA, el Verbo hecho hombre: Jesucristo. La norma suprema o regla de la vida religiosa es El. ¿Cómo es posible entrar en su seguimiento como «discípulos y profetas»⁸¹ si no se le conoce? Hay que buscarlo, mirarlo, escrutar su Vida, acoger su voz, imitarlo en sus actitudes, caminar tras El y como El. No agotaremos nunca el misterio de Cristo nuestro Libertador y nuestro Hermano. Basta que nos dejemos envolver por El y lo sigamos con la vida.

El alimento cotidiano, para quien quiere vivir unido a Dios y servir a los hermanos, es la Palabra de Dios siempre eficaz (cf *Is* 55, 6-11; *Mt* 13, 1-9. 18-23; *Rm* 1, 16; *Hb* 4, 12-13). Sólo el amor hace comprender verdaderamente. Quien ama la Biblia como el libro de su vida, encontrará en ella mucha luz y mucha sabiduría para confundir a los doctos y sabios de este mundo. Pero quien no hace, no entiende, no comprende. Muchas de las dificultades en la comprensión de la Palabra de Dios provienen de la falta

⁸¹ Cf F. J. MOLONEY, *Discepoli e profeti. Un modello biblico per la vita religiosa*, Leumann-Torino 1981.

de praxis o práctica de la Palabra. Quien no actúa no comprende. Quien más ama y más hace, más comprende. El libro de la Sagrada Escritura es siempre la Buena Nueva, incluso cuando acusa, critica y juzga; está siempre lleno de novedad («Nuevo Testamento», ¡también el Antiguo!). Hay que emplear todos los medios que las ciencias bíblicas ponen hoy a disposición para comprender la Palabra de Dios. Pero más que los métodos ayudará la invocación ardiente al Espíritu de Cristo y la humilde presencia de su Madre para entrar en la comprensión de los misterios del Reino. Nadie puede introducir tanto bien en los misterios de la vida del Hijo como el Espíritu y la Madre.

Dios habla en la historia por medio de los acontecimientos grandes y pequeños. También nuestra historia concreta lleva los nombres y los signos no sólo de los tiempos, sino también de Dios. Con frecuencia ligamos el actuar de Dios al pasado de la historia de la salvación o lo trasladamos a un futuro próximo o lejano, y no nos damos cuenta de que Dios actúa en el hoy, en el aquí y ahora, y que su Reino crece, a pesar de que el enemigo siempre cizaña y esparza tinieblas.

Dentro de la realidad concreta de la historia que vivimos hay que descubrir y discernir la presencia y la acción de Dios, aunque siempre oculto y misterioso. La Palabra de Dios dará la luz necesaria y los verdaderos profetas sabrán interpretar los signos, pero siempre se necesitará la comunidad y la guía de quien ha sido puesto por el Espíritu Santo para apacentar el rebaño de Dios.

La sabiduría y la ciencia humana necesitan estar impregnadas de la sabiduría que proviene de la necesidad de la Cruz, a fin de que los pensamientos y los caminos de Dios, de Jesucristo y del Espíritu se conviertan en los caminos de los hombres y viceversa. Para esto se necesita la «fe como visión global que

interpreta la realidad en la que estamos inmersos. Esta comporta un ejercicio continuo de la inteligencia, que escruta la realidad procurando colocarse en la perspectiva de Dios.

Con la fe buscamos los designios de Dios en los acontecimientos, en las cosas, en las personas, en la enfermedad, en las desgracias, en las alegrías y en las penas... Con la vida interior, nuestra visión de fe supera los símbolos y la Biblia para conducir nuestra mente a pensar, reflexionar, contemplar, juzgar, apreciar y abandonarse ante la realidad de cada día con un tipo de atención inspirada en el modo como haría, pensaría y juzgaría el mismo Jesucristo»⁸². La realidad es una interpelación formidable, que nos obliga al dinamismo interior, a la revisión, a la desinstalación, a huir de la rutina, a sentirnos itinerantes en una órbita siempre nueva⁸³.

LA MULTIPLE RESPUESTA DE LA ORACION Y DE LA LITURGIA DE LA VIDA

A la Palabra corresponde el recogimiento, el silencio, la escucha, la espera. Y todo esto es ya una, verdadera forma de respuesta. Pero esta respuesta tiene necesidad de expresarse, de encarnarse en palabras, en símbolos, gestos, actitudes, hechos.

«De este modo, la oración, abierta a la realidad de la creación y de la historia, se convierte en reconocimiento, adoración y alabanza constante a la presencia de Dios en el mundo y en su historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y los que sufren»⁸⁴.

⁸² E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 4. 2.

⁸³ *Ibíd* n.º 6. 4.

⁸⁴ SCRIS, *La dimensión contemplativa*, n.º 5.

La oración es el primer espacio privilegiado de la vida interior. La oración renovada comporta la actitud adorante de la persona, su capacidad de estar en contacto con Dios, de escuchar su palabra, de abandonarse a sus planes, porque está convencida de que Dios tiene la iniciativa. La oración es el respiro indispensable de toda vida interior, pero es un respiro que no surge espontáneo ni perdura sin especiales cuidados. En efecto, la oración es una actividad profunda que necesita espacios de silencio, de conciencia personal, de carga espiritual, de clima comunitario, de ritmos cotidianos y semanales bien cuidados y suficientemente prolongados, de tiempos fuertes mensuales y anuales. Los compromisos de trabajo, aunque muchos y exigentes, no nos quitan nunca la necesidad de comer y beber, de descansar y de prepararnos; del mismo modo, la continua e intensa actividad apostólica no puede suprimir las prácticas de piedad⁸⁵.

Una de las exigencias de nuestra vida es: rezar en la propia celda, hacer de ella la «casa del amor de Dios», de la presencia de Dios. Se convierte en lugar de oración, lugar donde los demás no nos ven, no nos observan, donde sólo el Padre nos ve y nos escucha, entonces quiere decir que creemos en Dios, que conversamos con El con toda nuestra existencia.

Algunos cristianos de Oriente tienen la costumbre de erigir un altarcito con su icono y de no salir de casa sino después de haber estado un minuto delante de él y, al regreso, de saludarle y darle las gracias. Una forma de oración, muy familiar para Don Bosco y la Madre Mazzarello, es el uso de las *jaculatorias*. Más que una *práctica* es una exigencia de amor, un coloquio entre amigos, entre aquellos que se están mutuamente presentes. Se requiere mucha sencillez, diría más bien, mucha espontaneidad, y no

⁸⁵ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 6. 1.

es realmente difícil rezar de este modo si hay realmente mutua confianza, si hay un mínimo de amor. Será una alabanza, un gracias sentido, una queja, un *¡Dios mío!*, un *Jesús*⁸⁶.

Al rezar conviene renovar la rectitud de intención, es decir, expresar e imprimir a la vida la orientación del amor salvífico de Dios. Dirigirlo todo hacia El, trabajo, pensamientos, afectos, esfuerzos, y unirlo todo a su indefectible voluntad salvífica. Entrar cada vez más en las grandes y vastas dimensiones de los pensamientos y sentimientos de Jesucristo, el Salvador del mundo (cf *Flp* 2, 5-11), respirar, vivir y caminar en el Espíritu (y no según la carne, es decir, según los propios objetivos y finalidades, 'tan egoístas a veces, con el deseo de tener, gozar, dominar, etcétera')⁸⁷.

La oración litúrgica, por otra parte, como la liturgia de las horas, el oficio divino, está ordenada a ayudar, a santificar todo el curso de la jornada y del año. La vida personal y comunitaria encontrará en ella constantes motivos de inspiración, de discernimiento y de alimento continuo. Rezar la Palabra misma de Dios es fuente inagotable de fe a toda prueba, de alegría en la esperanza y de impulso incesante a la caridad operante y fraterna.

La vida de la oración se transforma así poco a poco en oración de la vida, y la celebración litúrgica se convierte en celebración de la vida. «La naturaleza misma de la acción apostólica y caritativa encierra una riqueza propia que alimenta la unión con Dios; es preciso acrecentar cada día su conocimiento y profundización... La misión de la Iglesia... no es otra que la misión de Cristo mismo, continuada en la historia del mundo. Por lo tanto, consiste principal-

⁸⁶ Cf E. MACCONO I, 130-131, 411; *MB* IX, 992.

⁸⁷ Cf *Cronohistoria* III, 213; *MB* XIII, 208.

mente en compartir la obediencia de Aquel que se ofreció a sí mismo al Padre por la vida del mundo»⁸⁸. Pero en el centro de la liturgia de la vida está la Eucaristía, donación de vida por excelencia.

LA CENTRALIDAD DE LA EUCARISTIA - DEJARSE ENVOLVER POR CRISTO

Son innumerables los aspectos de este «misterio de fe» y «sacramento de amor». Merece ser meditado a fondo lo que dice a este respecto monseñor Carlos M. Martini bajo el título *Donare corpo e sangue in ginocchio*: «La Eucaristía es verdaderamente comprendida y acogida no sólo cuando se hacen ciertos actos por ella (se la celebra, se la adora, se la recibe con las debidas disposiciones, etc.) o se hacen ciertos actos a partir de ella (nos amamos, se lucha por la justicia, etc.), sino también y sobre todo cuando se convierte en la *forma*, la fuente y el modelo operativo que sella la vida comunitaria y personal de los creyentes... Por tanto, la celebración eucarística se realiza cuando consigue que los creyentes den ‘el cuerpo y la sangre’ como Cristo por los hermanos, pero poniéndose de rodillas, en actitud de escucha y de acogida, reconociendo que todo esto es don del Padre, no confiando en las propias fuerzas, no proyectando el servicio a los demás conforme a los propios puntos de vista»⁸⁹.

En la celebración eucarística, por consiguiente, la dinámica del «entregar el cuerpo y la sangre» que llenó toda la vida de Cristo y que encuentra en el Cenáculo y en la Cruz su consumación, penetra en quien se une a Cristo en la comunión y haciéndolo,

⁸⁸ SCRIS, *La dimensión contemplativa*, n.º 6.

⁸⁹ C. M. MARTINI, *La dimensione contemplativa*, 40.

por consiguiente, íntimamente partícipe de su misión de salvación: «¡Haced –no sólo recordar, pensar, interpretar– esto en memoria mía!» dice Jesús en la última Cena. La celebración de la Eucaristía se convierte entonces en memoria muy exigente, pero también inmensamente enriquecedora de energía y dinámica divina, de Espíritu de Cristo.

La continua presencia de Cristo en medio de nosotros en el tabernáculo de nuestras iglesias y capillas es una invitación: «¡Venid a mí todos los que estáis cansados...!». Bajo el mismo techo y en la misma casa Cristo permanece con nosotros en humildad y silencio para construir poco a poco la familia de Dios, acogedora y a disposición de todos, como El. ¡Con qué cuidado debemos rodear este «misterio de fe», este «sacramento de amor!».

CONVERSION, PENITENCIA, ASCESIS Y DIRECCION ESPIRITUAL

No hay dimensión contemplativa sin conciencia personal y comunitaria de conversión⁹⁰. Volviendo a este tema Don Viganò afirma en el comentario al Aguinaldo de 1981: «No hay vida interior para nosotros, pobres mortales, sin crítica, esto es, sin autocrítica. Esta crítica no sólo está permitida, sino que es indispensable para llegar a esa conversión que se llama penitencia, y que madura en un sacramento instituido por Cristo... No existe la Iglesia sino como penitente, es decir, viviendo un verdadero proceso de conversión; formada por creyentes que se sienten necesitados de perdón, pero al mismo tiempo seguros de obtenerlo. ¡Cuánto insistió Don Bosco en este aspecto!... La autocrítica penitencial exige propósitos

⁹⁰ SCRIS, *La dimensión contemplativa*, n.º 10.

y un empeño de conducta renovada. Y así aparece... la necesidad de una *disciplina* o de una *ascesis* que constituye una pedagogía de crecimiento, de defensa y de impulso de la interioridad de fe, de esperanza y de caridad... La vida interior necesita también mortificación, austeridad, renunciaciones, *cetera tolle*; no hemos de ilusionarnos creyendo que se puede ser profundos sin una disciplina...»⁹¹.

«Para la cotidiana conversión al Evangelio se requiere constantemente una ascesis generosa» —dice un reciente documento de la Iglesia. Y prosigue: «Esta resulta, por tanto, indispensable también para la dimensión contemplativa de toda vida religiosa. Por eso las comunidades religiosas deben presentarse en la Iglesia como comunidades orantes a la vez que penitentes, recordando la orientación conciliar según la cual la penitencia no ha de ser solamente interna e individual, sino también externa y social. De este modo los religiosos darán también testimonio de la relación misteriosa existente entre la renuncia y la alegría, entre el sacrificio y la amplitud de corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual. En particular, el crecimiento de la dimensión contemplativa ciertamente no se puede conciliar, por ejemplo, con el uso indiscriminado y a veces imprudente de los medios de comunicación social. con un activismo exagerado y extrovertido o con un clima de disipación que contradiga las aspiraciones más profundas de toda vida consagrada...»⁹².

«Además, lo mismo que hacen falta guías expertos para escalar las montañas, igualmente se necesitan en la escalada hacia la unión con Dios en el servicio a los hermanos. Es preciso que crezca de nuevo la comunicación espiritual, la participación recíproca de

⁹¹ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 8. 2.

⁹² SCRIS, n.º 14.

la experiencia con Dios, fiándose de quien es más competente, más maduro en el Espíritu. Adquiere hoy nueva actualidad e importancia la dirección y la comunicación espiritual para ayudar en el discernimiento y en la fidelidad a la vocación y misión.

Un ejercicio personal y comunitario del discernimiento evangélico llevará a una cotidiana conversión al evangelio. Una revisión periódica y seria de las actividades se convertirá en garantía de fidelidad al propio carisma de los orígenes. Un entrenamiento ininterrumpido en la interpretación cada vez más profunda del significado *sacramental* de la realidad cotidiana (sucesos, personas, cosas) evitará la herejía del activismo, de una praxis puramente horizontal y temporalista y de una mentalidad eficientista de éxitos y resultados inmediatos»⁹³.

CON Y COMO MARIA, VIRGEN, MADRE, AUXILIADORA

«La ejemplaridad de la Virgen María para toda vida consagrada y para todos aquellos que participan en la misión apostólica de la Iglesia, adquiere una luz particular cuando se presenta en las actitudes espirituales que la han caracterizado: María, la Virgen en escucha: María, la Virgen en oración se ofrece como modelo excelentísimo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo...»⁹⁴.

María Virgen, Inmaculada y Auxiliadora de los cristianos y de todos los hombres, es la inspiradora y el sostén de la familia salesiana. «María –dice Don Viganò con su agudo sentido mariano– resu-

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ *Ibíd* 13.

citó y vive con Cristo el Señor para intervenir en la historia de salvación. Nosotros lo sabemos por la experiencia de nuestros orígenes y de nuestra historia... María es nuestro modelo. Es la mayor contemplativa de los siglos: su vida interior es prototipo para todos. Y diría que es también la más sencilla. Sin libros, sin elucubraciones, sin mecanismos cerebrales, pero con la más fina intuición del corazón... María, por consiguiente, nos ayuda en la vida interior y es modelo de la más sublime fe, esperanza y caridad. El cántico del *Magnificat* es el espejo más fiel de su atrayente interioridad»⁹⁵.

«Engrandecer al Señor» con María y como María es tarea de toda la vida. Sólo en su maternal escuela se aprende a estar totalmente abiertos a Dios y a ponerse al servicio incondicional de los demás. Por ejemplo, en el rezo del Rosario —la oración de los grandes y de los humildes—, se abren siempre nuevos horizontes del amor salvífica y se transforma la vida propia y ajena.

OBRADORES DEL AMOR - UNA EXISTENCIA CRUCIFICADA, PERO LIBRE Y ABIERTA

Sólo el amor puede llenar la vida. Dios es Amor (1 Jn 4, 8.16). El amor no consiste en que nosotros hemos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado primero (*Ibíd.* 10). Sólo cuando se ha comprendido, recibido y experimentado de algún modo el amor de Dios se puede responder en el amor a Dios y al prójimo, al grande y doble mandamiento de Dios. Si queremos saber cuán grande es nuestro amor a Dios basta ver cómo tratamos a los demás, a los jóvenes, a los superiores, a los pobres, a los poco simpáticos, etc.

⁹⁵ E. VIGANÒ, *La vida interior*, n.º 8. 3.

«El dinamismo de la caridad –sigue diciendo Don Viganò– mueve la vida interior comenzando por la actitud de adoración a las Personas de la Trinidad, porque la caridad es participación en la vida misma de Dios que es Amor, y de esta fuente primera de todo amor es de donde nace la caridad hacia el prójimo»⁹⁶.

En conclusión: vivir en la presencia de Dios, estar unidos a El crea una exigencia de «prácticas de caridad».

⁹⁶ Ibíd 4. 4.

«FRUTOS» DE UNA VIDA EN PRESENCIA DE DIOS PARA LOS DEMÁS

Sólo los enumero: fácilmente se podrán añadir otros:

- «Contemplativos en la acción y activos en la contemplación», veremos, ya desde ahora, realmente a Dios, aunque todavía no «cara a cara». ¿Estamos convencidos de esto?
- Tomaremos mucho más en serio nuestros deberes como expresión de *su* voluntad salvífica y de amor a los demás y a nosotros mismos. Haremos mucho más por los demás y por la *humanización* de nuestros jóvenes, porque contribuiremos a su *divinización* –única garantía de una auténtica humanidad.
- Tendremos una visión realista y verdadera de todo: de Dios, del hombre, de la historia, del mundo, del futuro, de la culpa, del pecado, de la liberación, etc.; porque será una visión de fe, visión de Dios. Será siempre un camino abierto, pero tendremos indicadores seguros para encontrar y señalar el camino que conduce a la salvación, esto es, a la realización integral del hombre en Dios y con los hermanos.

- Llegaremos poco a poco –no nosotros, sino Dios con nosotros– a la liberación de la prisión de nuestro yo (que probablemente es el mayor ídolo de este mundo; en la vida religiosa se suelen dejar muchas cosas, pero con frecuencia no el yo), a la destrucción de muchas torres de Babel, a la salida del laberinto de nuestras complicaciones autosuficientes y egoístas, a la desaparición de tantos de nuestros ídolos secretos y con frecuencia no del todo advertidos.
- Se nos dará una nueva libertad interior y exterior, la verdadera libertad del Espíritu, ligada a la voluntad del Padre y de Cristo, a la Iglesia y a los superiores, una profunda sencillez y unidad de vida, porque están unificados en Dios en el amor a El y a los hermanos y a la obra de sus manos: a toda la creación.
- Tendremos un gran respeto y una viva simpatía –la misma de Dios, de Cristo y del Espíritu– a todo lo que existe, y un horror profundo al pecado, el único verdadero mal del hombre; adquiriremos una comprensión más tolerante, más participada de la situación ajena, y una paciencia de Job para todos nuestros hermanos, los hombres, los jóvenes o menos jóvenes.
- Aceptaremos de mejor grado la cruz de nuestra vida, sabiendo que, quien ama de verdad, tendrá necesariamente una existencia crucificada –a imitación del amor de Jesús que amó a los suyos hasta el fin.
- Llegaremos –si Dios quiere– a la «santa indiferencia» respecto a la ocupación, al cargo, a la salud; Dios estará en todas partes con nosotros y nosotros con Dios, al servicio de los demás,

aunque sólo fuera con la oración, con el sufrimiento, con el don de la vida.

- Finalmente, ya no iremos más a la búsqueda afanosa de «otra cosa» porque aquí y ahora encontraremos a Dios, y El será para nosotros casa, patria, hogar, familia –en todas partes, siempre, en unión con los hermanos, en un mundo que es (sea como sea) siempre de Dios.

LA VENTANA DE LA VALPONASCA

*Ventana de la Valponasca. Ojo de María
Mazzarello abierto sobre el horizonte de Dios
y de la dura vida de trabajo.*

*Ventana de la Valponasca. Apertura de un corazón
joven que busca, más allá de las cosas, más allá
de la propia existencia, una historia de amor
y de salvación.*

*Ventana de la Valponasca. Nostalgia de las horas
industriosas que llena el corazón y abre heridas
que no tienen cura.*

*Ventana de la Valponasca. Búsqueda amorosa
de Jesús Eucaristía en la pobre iglesia del pueblo,
misterio de pan y vino, de cuerpo y sangre del
Señor, dado con amor para servir la vida.*

*Ventana de la Valponasca, visión de futuro: jóvenes
pobres, abandonadas, hambrientas del infinito,
se asoman desde los extremos horizontes.*

*Ventana de la Valponasca. Ojo de tantas hermanas
que suspiran por ser madres como la Madre
del Amor, la llena de Espíritu Santo, la Auxiliadora
de los hombres.*

*Ventana de la Valponasca. Ojo abierto al ayer,
al hoy y al mañana, habla, interpela, invita al Amor
de Dios abierto de par en par para nosotros,
don y esperanza de futuro.*

Presentación		5
1 Introducción		7
Acción y contemplación.....		10
La gracia y el compromiso de la unidad.....		14
Los modelos «cristianos».....		16
Los modelos «salesianos».....		17
2 Don Bosco, el santo de la acción definido «La unión con Dios»		19
La actividad incesante de Don Bosco.....		20
Inseparable unión de actividad y oración.....		22
La acción como «lugar» de encuentro con Dios...		27
La unión continua con Dios.....		28
La acción como «lugar» de encuentro habitual con Dios.....		32
3 Santa María Mazzarello la contemplativa en la acción		41
La atracción de Dios en la vida de Mornese.....		42
Vivo espíritu de fe.....		45
Piedad ferviente, sencilla, operante.....		47
Continua unión con Dios.....		49

	La unión con Dios en el trabajo. La herencia de Don Bosco y de la Madre Mazzarello.....	52
	El texto de las Constituciones de 1885.....	53
	Las recomendaciones del Epistolario de la Madre Mazzarello.....	56
4	Condiciones actuales para una vida de unión con Dios al servicio de la juventud pobre y abandonada.....	63
	Crear en Dios. Reconocer a Dios como Dios. Tener el coraje de la confrontación con Dios.....	66
	Cultivar el «sentido de Dios» y de la vida en su «presencia».....	67
	Crear y garantizar un clima de recogimiento y de silencio.....	69
	Desarrollar la capacidad de escuchar, mirar y esperar.....	73
	Acoger la múltiple palabra de Dios.....	74
	La múltiple respuesta de la oración y de la liturgia de la vida.....	76
	La centralidad de la Eucaristía. Dejarse envolver por Cristo.....	79
	Conversión, penitencia, ascesis y dirección espiritual.....	80
	Con y como María, Virgen, Madre, Auxiliadora Obradores del amor. Una existencia crucificada, pero libre y abierta.....	82
5	«Frutos» de una vida en presencia de Dios para los demás.....	85
	La ventana de la Valponasca.....	89

INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA